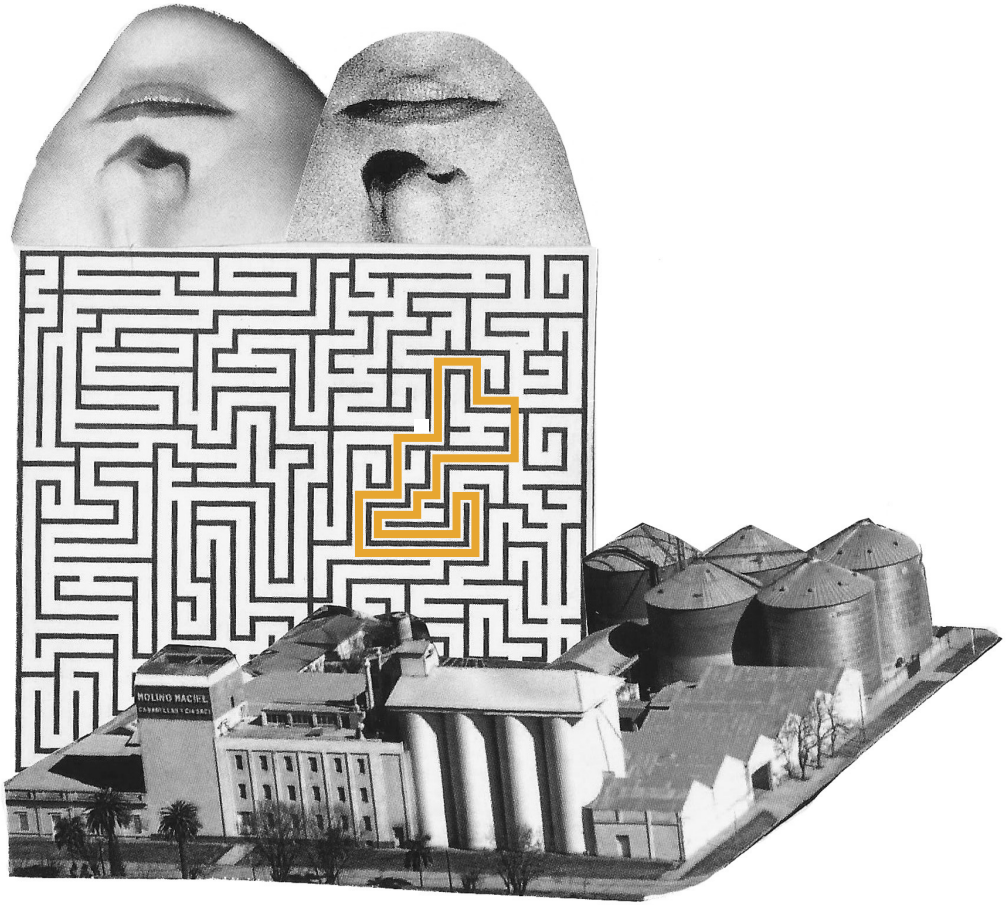
cuadernos de NEGACIÓN



CRÍTICA DE LA AUTOGESTIÓN

12

noviembre de 2018

cuadernos de
NEGACIÓN

No tenemos nada que venderle a nuestros hermanos de clase, nada con qué seducirlos. No somos un grupúsculo compitiendo en prestigio e influencia con los demás grupúsculos y partidos que dicen representar a los explotados, y que pretenden gobernarlos. Somos proletarios que luchan por acabar con el Capital y el Estado con los medios que tenemos a nuestro alcance, nada más y nada menos.

Si sentís que estos materiales deben ser difundidos… ¡A reproducirlos, imprimirlos, copiarlos, discutirlos! Fueron realizados para circular por donde se considere más conveniente.

Por obvias razones económicas no podemos realizar una gran tirada de esta publicación como lo deseamos, ni tampoco enviarlo a muchos lugares del mundo, por ello alentamos a la distribución de los Cuadernos copiándolos y haciéndolos correr como mejor se pueda.

Agradecemos profundamente a quienes vienen colaborando con la difusión de los números de Cuadernos de Negación y los invitamos a ponerse en contacto.

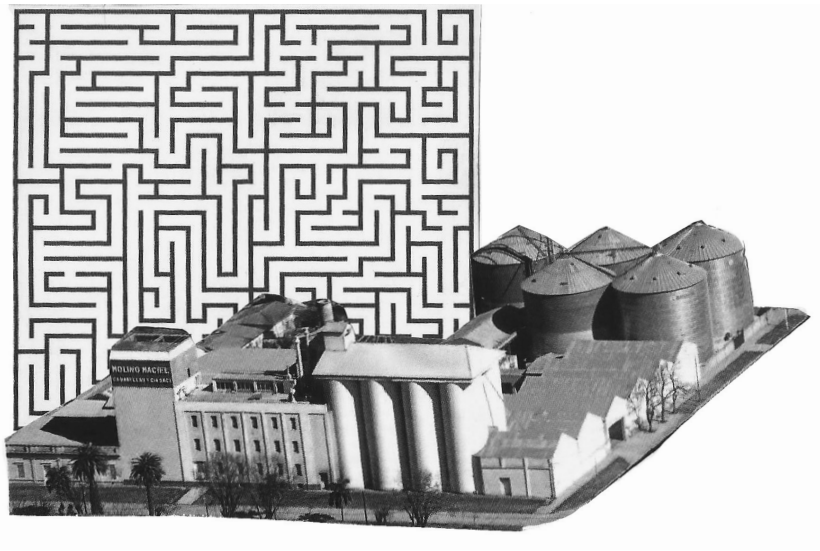
¡Adelante compañeros!

cuadernosdenegacion@hotmail.com
cuadernosdenegacion.blogspot.com

CRÍTICA DE LA AUTOGESTIÓN

12

Presentación - 01
Contra toda gestión del Capital - 02
Argumentos en favor de la autogestión - 07
¿Autogestión de la lucha? - 12
El ejemplo argentino - 14
El ejemplo español - 19
Contra la gestión de lo existente - 24



ADVERTENCIA SOBRE LAS CITAS

No es nuestra tarea anunciar novedades ni resguardar un antiguo tesoro, sin embargo, muchos de quienes se dispongan a leer podrán encontrar aquí pequeñas y grandes revelaciones así como viejos enunciados. Desde Cuadernos, nos gusta compartir algunos párrafos bien dichos de las diferentes publicaciones, libros, textos y papeles que utilizamos al momento de preparar cada número. Cuando reproducimos estas citas, nombramos a sus autores simplemente para dejar visibles los pasos de algunos de nuestros recorridos e invitar a seguir profundizando. Quien lea con atención sabrá distinguir entre la cercanía de un autor u otro. En su gran mayoría se trata de afines, pero esto tampoco implica una reivindicación acrítica de ellos o de las organizaciones de las que forman o formaron parte. Y quien lea con la intención de reflexionar, pero también de transformar la realidad, comprenderá que todo esto se trata de algo más que libros, panfletos, autores y palabras.

Los textos aquí citados (y otros) están disponibles en:
bibliotecacuadernosdenegacion.blogspot.com

PRESENTACIÓN

Ya desde hace algunos números atrás queríamos exponer una extensa critica del autogestionismo, en tanto gestión de lo existente y/o propuesta de una sociedad por la cual luchar. Sin embargo, nos pareció apresurado hacerlo sin desarrollar previamente algunos elementos centrales de la crítica de la economía que hemos ido abordando a lo largo de este bloque de Cuadernos de Negación que va desde el nro. 9 al 12. Si bien reflexionar sobre estos temas nos ha permitido ahondar acerca de las limitaciones de la autogestión, creemos que no es estrictamente necesario adentrarse profundamente en la crítica de la economía para comprender el carácter capitalista del autogestionismo. Es por ello que, si bien recomendamos la lectura de los nros. anteriores de este bloque, hemos expuesto las presentes reflexiones de manera tal que este nro. pueda leerse por separado, al igual que lo hemos hecho con todos los nros. de Cuadernos.

Como señalamos desde un comienzo, **no nos dedicamos a la economía en cuanto parcialidad, en cuanto disciplina, sino a la lucha contra la economización de la vida**. La crítica de la economía parte del rechazo que los seres humanos proletarizados sentimos a las categorías del Capital. Queremos ir al fondo de la cuestión y por ello realizamos estos últimos números que señalamos. Este es un intento por ponerlo en palabras y ponerlo en común, para luchar contra ello.

Hace algunos años, en el nro. 3 expusimos un pequeño esbozo de crítica de la autogestión con el texto: *¿Liberar el trabajo? ¡Liberarnos del trabajo!*, y para hacerlo creímos necesario comenzar con una crítica del trabajo asalariado y la forma–mercancía.

Del mismo modo, para el presente número, expusimos previamente como nos economiza (nro. 9), nos aliena (nro. 10), nos valoriza (nro. 11). Es en este sentido, que la lectura de este bloque de nros. completo brinda una mejor apreciación del tema.

En fin, **posicionándonos contra el sistema capitalista en su conjunto y comprendiendo incluso mínimamente sus categorías, la crítica del gestionismo cae de madura. No es preciso ser un experto ni un extremista para arribar a estas conclusiones**. Es evidente que habiendo expuesto una crítica de la mercancía, del trabajo, del valor y de las categorías esenciales del capitalismo, sea quizás redundante hacer una crítica de la autogestión, sin embargo, queremos hacer evidente el peligro de la propuesta y subrayar sus particularidades. **Porque la crítica a la propuesta (y la lucha) por una transformación gestionista de la sociedad es una tarea urgente**. En estos últimos tiempos de breves revueltas es presentada como la salida más razonable. Lo hemos padecido en Argentina luego de los estallidos sociales del 2001, sabemos cómo en Grecia desde el 2008 y otras regiones parte del proletariado desesperado mira esa misma experiencia y quiere sacar lecciones para llevar adelante la autogestión pero «aprendiendo de los errores». En otros lugares, en cada momento de crisis, de cierre de lugares de trabajo, de desempleo, de escasez, de reagrupamiento en las calles, vuelve a deambular el cuerpo moribundo del capitalismo con el reluciente traje de la autogestión atrayendo tras de sí cientos y miles de proletarios, llevándolos a morir para continuar con vida.

No queremos apelar a presupuestos moralizantes que aseguren que los proletarios individuales son mejores y más honrados que los capitalistas individuales. **El asunto es comprender que nuestras conductas están completamente determinadas por el modo de producción capitalista y que, por lo tanto, hay que acabar con este modo de producción que nos reproduce a imagen y semejanza.**

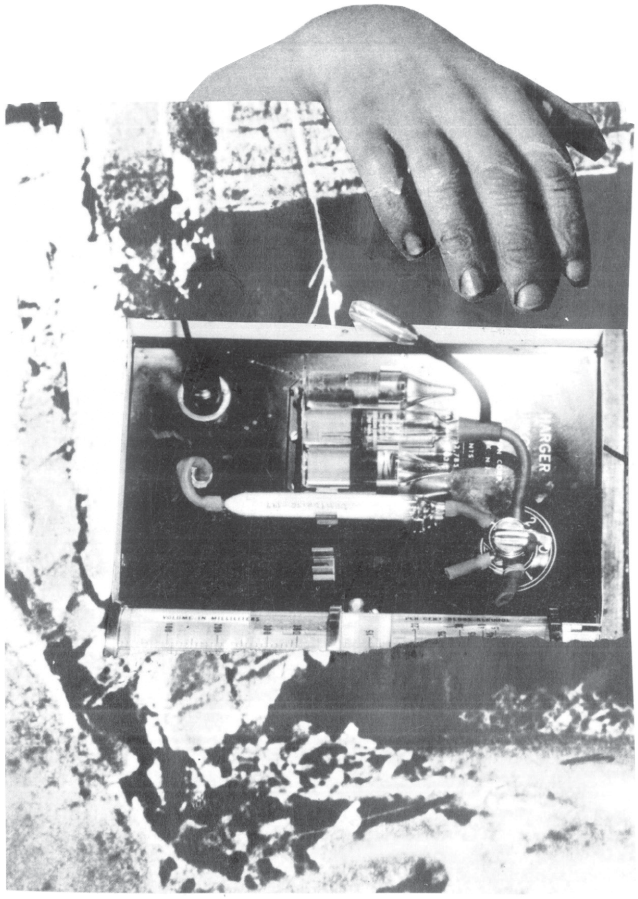
El Capital domina hasta el más recóndito aspecto de la reproducción social y lo pone a trabajar para sí mismo. De esta manera, millones de proletarios no solo se sienten identificados con "su" trabajo sino que se enorgullecen de él. Y confunden sus necesidades con las del Capital, interiorizando de tal modo la relación social capitalista que incluso cuando quieren luchar contra lo que perciben los explota y oprime continúan reproduciéndolo. **El discurso dominante y la rutina capitalista cotidiana ha "integrado" a los explotados en tal grado que estos suponen resistir al comercio justamente comerciando**. Muchos proletarios descontentos suponen luchar ¡mediante el trabajo, la producción de mercancía, la circulación de dinero, la valorización de la vida en general! Tal es así que, cuando criticamos el modo de producción capitalista en su fachada autogestionista, se sienten profundamente ofendidos y atacados. A tal nivel de fusión capitalista hemos llegado.

Si nos disponemos a debatir abiertamente a la propuesta de la autogestión es porque hubo y hay espacios compartidos, no solo de lucha sino de mera subsistencia.

En dichos ámbitos, aunque no sea la regla, podemos encontrarnos proletarios en una sintonía común, con la intención, al menos incipiente, de cambiar la vida e integrar distintas esferas de la vida cotidiana que se hallan profundamente separadas. Aunque para cambiar la vida, evidentemente, no se trata de unir lo separado.

Naturalmente ningún oprimido puede oponerse a ganar algunos billetes para la supervivencia por fuera del trabajo bajo relación de dependencia, fuera de las órdenes de un jefe, sea como actividad principal o complementaria, solo o con más personas. Quienes hacemos esta publicación lo hemos hecho, lo hacemos y lo seguiremos haciendo. **Pero del mismo modo que cuando trabajamos bajo un salario no reivindicamos el trabajo asalariado por ser el modo de subsistencia, o por ser la "escuela" de explotación y, por tanto del rechazo al trabajo; no podemos reivindicar la autogestión, ni las cooperativas, ni el trabajo denominado autónomo e independiente** (de qué, nos preguntamos). Menos aún podemos aceptar que mediante el trabajo y la adaptación al sistema se lo esté combatiendo.

Luchemos contra la sociedad de clases para dejar de ser proletarios, para no organizarnos nunca más en torno a la mercancía, para no relacionarnos a través del intercambio, para no ser cosificados, para constituirnos en comunidad humana.



CONTRA TODA GESTIÓN DEL CAPITAL

> «En el sentido pleno de la palabra, la autogestión a largo plazo es imposible en esta sociedad, pero nada les impide a los trabajadores tratar de implementarla, especialmente cuando la empresa cae en la bancarrota o los patrones huyen por motivos financieros o políticos. Esto ha pasado algunas veces, incluso a gran escala como en Portugal en 1974–75 o en Argentina después del 2001. La autogestión es la mayor autonomía obrera que se puede dar dentro de una empresa que no es cuestionada como empresa. Así que el "riesgo" de la autogestión siempre existirá.» (Troploin, *El enfoque general*)

En revistas de estrategia y marketing se habla de autogestión, en discursos empresariales se habla de liderazgo y competitividad asociados a la autogestión, periodistas la festejan y diversos amantes del trabajo la recomiendan. Sin embargo, hay también amplios sectores descontentos con el orden dominante que hablan de autogestión y hasta de cambio social, otros van más lejos y relacionan autogestión y revolución. A esta propuesta de transformación gestionista de la sociedad queremos hacerle frente, a esta propuesta de revolucionar gradualmente la sociedad mediante medidas económicas. A esta revolución parcial que, a fin de cuentas, dejaría intacto el modo de producción existente. Pero ¿puede haber una revolución parcial? ¿Es deseable salvar un modo de producción que nos destruye?

El gestionismo es presentado en repetidas ocasiones como complemento u oposición al politicismo (cambiar la sociedad a través de la política). Ambas concepciones **suponen que la *futura* sociedad —le llamen socialismo, comunismo, anarquía— sería una continuación lineal del capitalismo, al cual solo bastaría depurar de sus defectos (los cuales son definidos a consideración de cada cual). Es decir, lo constitutivo del sistema capitalista es visto como una falla, un defecto solucionable**. Es la misma expresión ideológica que cuando no hace una descarada apología del individuo egoísta, reclamando su libertad, igualdad, autonomía, sus derechos, lo hace para con las diferentes unidades de producción: fábricas, talleres, comunas, cooperativas y hasta sindicatos, consejos o bases. Por el contrario, **debemos romper con la razón capitalista y el horizonte que nos propone el Capital, debemos abolir la sociedad mercantil generalizada ¡no administrarla y gestionarla!**

Ya sabemos lo que significa "salir del orden existente", "crear espacios de libertad", "construir esferas no–capitalistas", "mantenerse al margen del Capital", "ensayar relaciones de trabajo no determinadas por la economía capitalista". Es la vieja ilusión de que el modo capitalista de producción es eludible y además se hundiría por sí solo desde el momento en que todos los seres humanos tomasen conciencia y supusiesen salir del mismo. La estúpida esperanza en que el dinero perdería su valor si rechazáramos aceptarlo (les recordamos, no sin dolor, que el respaldo de la moneda no es el oro o algún tipo de cálculo académico, sino el Estado mundial con sus ejércitos y policías, sus torturas y matanzas). La forma hipotética de estas propuestas expresa por sí misma el carácter quimérico y la impotencia del deseo piadoso. Es la vieja, viejísima ilusión que las condiciones existentes son simplemente ideas y que dependería de la buena voluntad de la gente cambiarlas. La modificación de la conciencia, separada de las condiciones materiales, tal como los intelectuales y activistas intentan practicarla como vocación, sea como negocio o especialización, es a su vez un producto de las condiciones existentes y parte integrante de ellas. Este auge de la idea por encima del mundo es la expresión ideológica de la impotencia de los intelectuales y los activistas frente al mundo. Sus charlatanerías ideológicas son desmentidas día a día por los hechos.

El gestionismo ha dado ejemplos históricos de ser el salvavidas de la normalidad capitalista y por tanto un freno al impulso revolucionario así como a incipientes revueltas en momentos decisivos: en la región ibérica en 1936–1937 para dar un ejemplo de lo primero y para lo segundo basta con recordar el 2002 en la región argentina.

«El gestionismo extremo aparece así como la última trinchera de la defensa capitalista, como puede vislumbrarse ya en las luchas actuales. Las modernizaciones del gestionismo y reformismo, que bajo la forma de "cambiar al mundo sin tomar el poder" (en realidad cambiar al mundo sin destruir ni el poder burgués, ni el capital), debemos considerarlas como parte de la preparación contrainsurreccional de la burguesía. Cada vez

que el proletariado ha salido a la calle y se ha encontrado en una cierta correlación de fuerzas, esas "nuevas" expresiones del viejo y putrefacto gestionismo han constituido barreras reales de defensa de la gestión autónoma de las unidades del capital (empresas, emprendimientos productivos, municipios…) y han logrado liquidar las energías y la dinámica de destrucción revolucionaria del Capital portada por el proletariado.» (Grupo Comunista Internacionalista, *La contrarrevolución rusa y el desarrollo del capitalismo*)

La defensa del capitalismo tras la fachada de un gestionismo extremista no es más que la defensa extrema del Capital y su funcionamiento. **Claro que debemos comer, habitar, jugar, partiendo necesariamente de lo existente y no de un ideal o un dogma. Pero ello no debe llevarnos a besar las cadenas del trabajo ni a enorgullecernos de ser sometidos por el totalitarismo de la sociedad mercantil generalizada.**

En un momento insurreccional, o de grandes convulsiones de clase, es necesario ocupar los medios de producción y servirse de ellos para las propias necesidades, lo cual inmediatamente hace tambalear los mecanismos de valorización del Capital y comienza a situarse en la desviación de la producción y la distribución capitalista. Sin embargo, **la ocupación de los medios de producción debe tener en cuenta y como objetivo central, además de la victoria generalizada de la insurrección, el rechazo visceral a la gestión de la sociedad actual**. Y esto es necesario remarcarlo cuantas veces sea necesario. Porque así como es una utopía cambiar el mundo sin atacar el Estado, es una utopía cambiarlo profundizando la democracia con su igualdad y libertad, con la consecuencia inevitable de concebir qué y cómo producir según la lógica capitalista.[1] Podemos describir ciertas características básicas del capitalismo:

- unidades de producción independientes y aisladas
- decidiendo democráticamente
- socializando lo producido mediante el intercambio, es decir: relacionándose a través de mercancías y como mercancías

¿Qué diferencia encontramos con lo que solemos llamar "autogestión"? Ninguna, y nos hace pensar **qué sentido tiene continuar concibiendo como profundamente diferente algo que no se distingue en nada desde un punto de vista más general**. Lo sabemos, de esta sociedad se dice todo, excepto que es capitalista, e incluso cuando se la señala como tal no tratan de definir un contenido social sino de emplear una cierta sucesión de sílabas vacías.

La autogestión no es una alternativa al capitalismo, es una alternancia en su interior. Del mismo modo, no la rechazamos en tanto que "auto–explotación". Lo más correcto es hablar de una **autogestión de la explotación al servicio del Capital**. O, en los proyectos contemporáneos, más concretamente de la de autogestión de una parte del proceso de producción, ya que raramente todo el proceso (extracción de materias primas, producción, circulación, publicidad, etc.) depende completamente de proyectos autogestivos, cooperativos, etc. **Quien nos explota no es tal patrón, algún corrupto o tal presidente a uno u otro proletario, es la burguesía en tanto que clase quien explota al proletariado entero. Y lo hace en tanto agente del Capital, que se reproduce a través de todas las esferas de la producción, sea como sea que se gestionen. Un proletario, si así quisiera, no puede explotarse a sí mismo**. Otra cuestión es la autoexigencia, el autoconvencimiento, pero estos están presentes también, y sobre todo, en las políticas de grandes empresas, en cada cuentapropista o dueño de un pequeño comercio.

De ser necesario, volvemos a subrayar que cuando nos referimos al antagonismo entre burguesía y proletariado no nos estamos refiriendo a relaciones sociales entre un individuo y otro, que es la caricatura de la sociedad capitalista más comunmente difundida en el ámbito autogestionista. Nos referimos a clases sociales, por lo cual debe comprenderse que si un burgués explota a uno, cien o miles de proletarios son condiciones generales ¡de clase! las que permiten la explotación burguesa y no permiten, justamente, apartarse de ella. Quienes refutan la existencia de clases antagónicas y reducen los problemas sociales a situaciones personales o grupales, fomentan y consolidan la ideología dominante. La ideología de la falsificación y la separación, del todos contra todos, del ciudadano libre e igual.

Desde una perspectiva revolucionaria, la profunda disidencia y el gran obstáculo que nos presenta el autogestionismo es la continuidad de lo existente, su horizonte continúa siendo el horizonte capitalista. Se presenta al capitalismo como una exterioridad impuesta de la cual podríamos evadirnos. Como si de una cuestión de conciencia se tratase, de un "estado mental". Se considera ¡erróneamente! que llevamos relaciones capitalistas de un modo conciente y que de esa manera podríamos deshacernos de ellas.

La explotación capitalista no reside en la mente ni en las interpretaciones, reside en las condiciones de producción y no cesa por cambiar las etiquetas ni mucho menos gracias a buenas intenciones. **Ocultar la explotación es ocultar el carácter de clase de la sociedad en que vivimos**, es ocultar la extracción de plusvalor por parte de la burguesía. Es lo que se oculta al **expresar que se puede estar "más" o "menos" explotado, como si se tratase de una cuestión cuantitativa, de medir la explotación**. Es lo que se oculta al suponer que por no haber un patrón sentado en su oficina no hay explotación, lo que se oculta al afirmar «yo trabajo de lo que me gusta».

1 «Es inútil seguir exigiendo "más democracia": la democracia entendida como igualdad y libertad formales, ya está realizada y coincide con la sociedad de los hombres sin cualidades. Al igual que las mercancías, todos los ciudadanos son medidos por el mismo rasero; son porciones cuantitativas de la misma abstracción». (Anselm Jappe, *El absurdo mercado de los hombres sin cualidades*). Citado en Cuadernos de Negación nro. 9 en la sección *Liberté, égalité, propriété* que recomendamos para ampliar sobre la íntima relación entre mercado y democracia.

La gran ilusión: la autogestión

Extractos de *¡Abajo el proletariado! ¡Viva el comunismo!* (Les amis du potlach, 1979).

El sistema capitalista vive del proletariado como ninguna otra sociedad de clase hubo de hacerlo con sus esclavos. La clase fundamental del capitalismo es el proletariado y no la burguesía. En tanto haya proletariado, habrá capitalismo y, de hecho, el crecimiento del proletariado hace al carácter revolucionario del capitalismo; la expansión de la clase que expresa la disolución de todas las clases, la clase que no puede reconquistar su humanidad si no es con la alteración de su propia condición y con la destrucción del Capital.

(…) A falta de poder ofrecer a los desposeídos una ideología burguesa, propietaria, moral o religiosa, se les presenta una ideología proletaria: el socialismo, la autogestión. La generalización del trabajo asalariado ha destruido los viejos valores de la propiedad y obliga al Capital a priorizar el acceso a responsabilidades, el enriquecimiento de tareas, la democratización del poder en la empresa, la participación. Sobretodo cuando las dificultades económicas hacen más dolorosas las compensaciones a los obreros en dinero constante y sonante.

El problema de la gestión solo puede ser central en un universo parcializado, fraccionado y atomizado, donde los seres humanos se ven impotentes delante de la necesidad económica. Los autogestores y otros apóstoles del control obrero buscan atar a los trabajadores a "su" empresa. Concretamente, esto se traduce en la acción de comités escudriñando las cuentas, dentro de cada empresa, controlando al patrón o a la dirección, vigilando la producción y las actividades comerciales todo a la vez. Con esto se da por supuesta una suerte de economía eterna cuyas leyes serían más o menos idénticas en el capitalismo y el comunismo: los trabajadores tendrían entonces que aprender las reglas de la administración y del comercio. La lógica de la mercancía se impone, lo determina todo: lo que habrá de ser fabricado, cómo, etc… Pero para el proletariado el problema no es reivindicar la "concepción" de lo que hoy solamente se encargaría de "fabricar".

En el mejor de los casos la solución sería sinónimo de autogestión del Capital. El ejemplo de Lip* es chocante: las funciones de las que se encargaba anteriormente el patrón se convierten en las tareas de los obreros. Además del proceso material, se encargan de la comercialización. Pero todos los problemas que puede traer la "gestión", en una sociedad no mercantil, son completamente diferentes. Es por esto que el control obrero es un absurdo: no puede enseñarle a los trabajadores otra cosa que no sea la gestión capitalista, fuesen las que fuesen las intenciones de quienes lo ejercen.

Elogiada por los ideólogos de la nueva ola, la autogestión se engalana con el atractivo de la utopía. Pero que triste sueño en el que la confusión de un capitalismo sin capitalistas se sumaría al ridículo de los trabajadores entusiasmándose mañana por lo que hoy los mantiene indiferentes: sostener el trabajo asalariado… De cara a futuros desbordes, la izquierda democrática ve en la autogestión un discurso que le permite sumar fuerzas, presentarse como más acabada, que le permite reabsorber un movimiento que se anuncia amenazante.

* Nota Cuadernos de Negación: Fábrica de relojes de Paris, Francia. En 1973 mil trabajadores ocuparon la fábrica ante la amenaza de cierre y durante 3000 días continuaron la producción bajo control obrero, hasta conseguir un acuerdo final que salvó los puestos de trabajo.

Tampoco hay, como desearían los alternativistas, un mercado "bueno" de los trabajadores, desocupados, indígenas, artistas, ecologistas, disidentes sexuales, minorías étnicas, contrapuesto a un mercado "malo" de los patrones, poderosos, jefes, machistas y millonarios.[2] Al mercado todas esas nimiedades no le interesan. El mercado es anónimo, no importa cómo se produce o en qué condiciones. Esos factores tan solo importan en el mundo publicitario, al cual el autogestionismo apela constantemente para compensar sus deficiencias tanto reales como de imagen: ¿una comida tiene mal sabor? ¡pero es autogestiva! ¿El envoltorio no se adapta a los cánones estéticos corrientes? ¡pero es un producto autogestionado! La publicidad tiene la misión de presentar la misma mercancía una y otra vez como algo diferente. Los denominados productores autogestivos han aprendido muchísimo del masaje publicitario corriente en el cual cada producto es asociado a una experiencia. Así como una bebida no importa si quita la sed sino que sea sinónimo de fiesta, una golosina no necesita alimentar sino ser "divertida" y un producto hecho en cooperativa es, antes que nada, más correcto que los demás, **por lo que se asocia más a una política que a una satisfacción, o a la satisfacción de una falsa necesidad política.**

El trabajo privado de los productores autogestivos de mercancías se relaciona con el trabajo de todos los demás productores de mercancías convirtiéndose en trabajo social, porque el producto de cada productor es igualado como valor con todas las otras mercancías, porque fueron producidas para el intercambio. **Todo trabajo concurre a la misma economía mercantil y totalitaria**. Desde el punto de vista del Capital son simplemente mercancías. El halo de particularidad se lo da a cada mercancía la publicidad. En el caso de las expuestas en el supermercado lo otorga el marketing tradicional. Por su parte, el discurso político singulariza lo que produce o subsidia el Estado, y el *touch* ideo-

2 A esas categorías, que no compartimos, han reducido a la sociedad. En ese sentido también debemos alertar sobre el uso del término *alternativistas*: es claro que nos referimos a alternativas al interior del Capital y no a alternativas al Capital. Evidentemente se trata más bien de una alternancia, que de una alternativa.

lógico/emotivo es brindado en la promoción de una mercancía manufacturada por una cooperativa o proyecto autogestivo.

Toda relación de producción capitalista imprime una forma social capitalista a las cosas por las cuales, y mediante las cuales, las personas entran en esa relación. Esas mercancías comienzan a su vez a influir sobre las personas, a moldear sus motivaciones e inducirlas a establecer relaciones de producción concretas entre sí.

«**Parece como si el carácter social de las cosas determinase el carácter social de su propietario**. Así, se realiza la "personificación de las cosas". De este modo, el capitalista brilla con la luz refleja de su capital.» (Isaak Illich Rubin, *Ensayo sobre la teoría marxista del valor*)

Notamos así, que **los límites no se hallan en "el afuera" a la hora del intercambio, como suele argumentarse desde el sector autogestionista**. Una suerte de queja que se formularía más o menos así: «podemos producir autogestivamente, en el borde del capitalismo, el problema es cuando debemos salir a vender». Es un enfoque completamente equivocado del problema, porque **si bien producción, intercambio y consumo pueden diferenciarse, son parte de un mismo proceso**.

No hay límites del "afuera capitalista" al "adentro autogestivo". En la organización del trabajo dentro de una empresa (división técnica del trabajo) no podemos hallar un gran contraste con la división del trabajo entre productores privados separados (división social del trabajo). La organización interna de cada empresa está previamente relacionada de antemano por relaciones de producción determinadas y permanentes, en función de las necesidades del Capital.

El productor "autogestivo" (incluso cuando se trata de un mero hobby) no decide qué producir, produce según lo exige la sociedad burguesa. Entonces, cuando "sale" a vender su mercancía no se encuentra con el mercado, el mercado ya definió qué y cómo producirlo, sus posibilidades y sus propósitos.

En esta sociedad mercantil generalizada toda producción es producción de mercancías, toda producción es producción para el cambio (haya o no moneda de por medio[3]). El cuestionamiento no debe, entonces, reducirse a un problema de circulación o de distribución. Cuando las críticas hallan el problema en la esfera del consumo suponen que esta es autónoma de la producción y reproducción de la sociedad.

La circulación de mercancías no es un momento donde confluirían diversos modos de producción (capitalistas y "semicapitalistas" si se permite tal disparate). **El mercado es dónde y cómo los productores se relacionan, es decir, el mercado es la relación social al interior del capitalismo.**

A riesgo de ser repetitivos, pero con la necesidad de ser directos y concisos, publicamos a continuación dos fragmentos del libro de Rubin donde caracteriza sintética y brevemente la economía mercantil capitalista que, como veremos, es completamente aplicable a la propuesta autogestionista que se piensa a sí misma como semicapitalista o hasta anticapitalista:

«La característica distintiva de la economía mercantil es que los administradores y organizadores de la producción son productores independientes de mercancías (pequeños propietarios o grandes empresarios). **Toda empresa particular privada, es autónoma; es decir, su propietario es independiente, sólo cuida de sus propios intereses** (…). Sobre la base de la propiedad privada tiene a su disposición las herramientas productivas y las materias primas necesarias, y como propietario legalmente competente dispone del producto de su empresa. La producción es administrada directamente por productores de mercancías separados, y no por la sociedad. Esta no regula directamente la actividad laboral de sus miembros, no prescribe lo que debe producirse ni cuánto debe producirse.

Por otro lado, todo productor de mercancía elabora mercancías, esto es, productos que no están destinados a su uso personal, sino al mercado, a la sociedad. La división social del trabajo une a todos los productores de mercancías en un sistema unificado (…), en un "organismo productivo" cuyas partes se hallan mutuamente relacionadas y condicionadas. ¿Cómo surge esa conexión? Por el intercambio, por el mercado, donde las mercancías de cada productor individual aparecen en forma despersonalizada como ejemplares separados de un tipo determinado de mercancías, independientemente de quién las produjo, o dónde, o en qué condiciones específicas. Las mercancías, los productos de los productores individuales de mercancías, circulan y son evaluadas en el mercado. Las conexiones e interacciones reales entre las empresas individuales —que podríamos llamar independientes y autónomas— surgen de la comparación del valor de los bienes y de su intercambio.

Así es posible encontrar en la estructura de la economía mercantil los siguientes elementos: 1. células individuales de la economía nacional, es decir, empresas privadas separadas, formalmente independientes unas de otras; 2. ellas están relacionadas materialmente entre sí como resultado de la división social del trabajo; 3. la conexión directa entre los productores individuales de mercancías se establece en el intercambio, y esto influye indirectamente sobre actividad productiva.». (Isaak Illich Rubin, *Ensayo sobre la teoría marxista del valor*)

No es su utilidad o belleza, su inutilidad o su fealdad lo que constituye el valor de una mercancía en el capitalismo, ni siquiera la demanda, sino el tiempo socialmente necesario empleado en producirla, es el carácter abstracto del trabajo el que determina el valor de una mercancía. El cual es indiferente con respecto a ese contenido y solo persigue la ganancia. ¡Esa es la enajenación que señalamos y combatimos!

El Capital no puede ser gestionado según nuestras necesidades, intentar aquello es desperdiciar nuestras vidas tal como las desperdiciamos jornada a jornada en cualquier trabajo. Aun

3 Decimos moneda y no dinero porque aunque incluso cuando puede no haber moneda en los intercambios como por ejemplo en los trueques, sí está presente el dinero como equivalente general de las mercancías. A su vez, aunque en sus determinaciones simples el dinero sirve como unidad de medida o medio de cambio, es una relación social y una comunidad ficticia palpable que se manifiesta incluso en las relaciones sociales no estrictamente económicas.

así, podemos plantear reivindicaciones materiales concretas: contra los despidos, contra los recortes en los salarios o servicios públicos, contra los desalojos. **Podemos ir aún más allá constituyéndonos luchando fuera y contra las instituciones burguesas. Luchando contra la crisis social y su necesaria crisis de la imaginación. Si nos mantenemos en el imaginario capitalista no hay lucha revolucionaria por el comunismo y la anarquía, sino reproducción del Capital.**

Debemos ser **una lucha que nos recuerde que la vida puede ser completamente distinta**. Esto no significa abstenernos del mundo. Nuestro antagonismo con respecto al Capital es una realidad que debemos hacer estallar. Y partimos de esta realidad, no hay otra. Mientras domina el Capital hablamos algo de su pobre lenguaje, pero se trata de algo más, de no separar las necesidades inmediatas de las necesidades históricas. No defender al trabajo asalariado sino por el contrario: mientras estemos proletarizados **debemos defender nuestra fuerza de trabajo y no las fuentes de trabajo**. Para luchar contra el Capital hay que combatir tanto en el trabajo como fuera de él, pero no como trabajadores ni como ciudadanos. Se trata de, en la mismísima lucha, deshacernos de los roles impuestos y no adquirir otros disponibles en las vidrieras del Capital.

PERLAS DE LA BURGUESÍA

Estos tres artículos fueron publicados en el sitio web materiabiz.com en septiembre de 2006, febrero de 2009 y febrero de 2007 respectivamente. Queremos dejar tranquilos a los lectores, las tres empresas nombradas se encuentran en óptimo estado de salud. Si bien no son ejemplos deslumbrantes por su importancia histórica, se trata de ejemplos concretos donde gente de negocios expone su propia defensa de estas tácticas progresistas. Tácticas que no nos fueron arrebatadas ¡siempre fueron suyas!

¡Abajo el CEO! ¡Abajo la burocracia de los ejecutivos! ¡Viva el gobierno de los trabajadores!

El banco holandés Rabobank. Nueve millones de clientes en 37 países. Uno de los más seguros del mundo según las calificadoras Moody's y Standard & Poor's.

Pocos saben que esta joya financiera global, en buena medida, está administrada como un soviet. El artículo *A Cooperative Solution de Strategy+business* lo pone como ejemplo de un revival de métodos cooperativos de *corporate governance*.

Cuatro veces al año, clientes y trabajadores del Rabobank se reúnen en asamblea para debatir la marcha del negocio. No son grandes accionistas ni representantes de fondos de inversión. Son ciudadanos de las comunidades locales donde opera el banco: abogados, comerciantes, maestros de escuela. La consigna: «Una persona, un voto.»

Crowdsourcing: rompiendo los dogmas de la innovación corporativa

(…) La minera canadiense Goldcorp (GG) estaba al borde de la ruina, asediada por las huelgas, fuertemente endeudada, con un mercado en contracción y altísimos costos de producción. Según los analistas, Goldcorp tenía los días contados.

Su CEO, Rob McEwen, necesitaba un milagro. Frustrado porque sus geólogos eran incapaces de estimar con precisión el valor y la ubicación de nuevos depósitos de oro, McEwen tomó una decisión inédita: publicó en la web los datos geológicos de su yacimiento de Red Lake y desafió al mundo a hacer la prospección. El "Goldcorp Challenge" premiaría con 575.000 dólares a los analistas que presentasen las mejores estimaciones. La noticia se extendió rápidamente por la web. Más de mil participantes de 50 países aceptaron el desafío.

(…) ¿Qué es el *crowdsourcing*? Así como en el outsourcing los trabajos son enviados a empresas externas para reducir costos en mercados más baratos, como India o China, el crowdsourcing propone problemas y recompensas a quien o quienes los solucionen. "Crowd" es el término en inglés de "multitud" y "sourcing" se refiere a la obtención de materia prima.

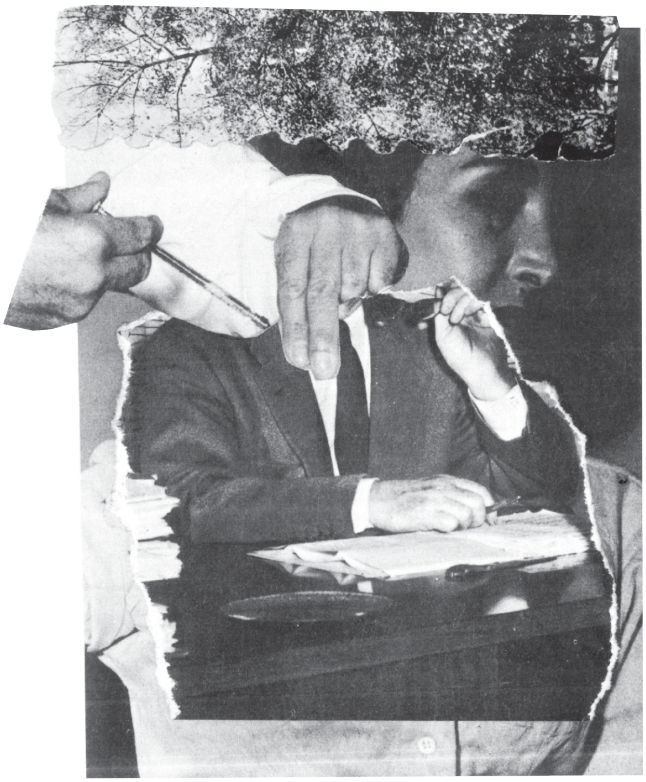
¿Puede una empresa funcionar sin managers?

Taco Bell implementó un sistema donde los trabajadores se ocupan de organizar la producción, minimizando la necesidad de managers. ¿Puede extenderse el fenómeno?

(…) La compañía creó un menor cantidad de puestos para managers (aunque mejor pagos). Al mismo tiempo empezó a capacitar a cientos de nuevos empleados para que pudieran gestionar por sí solos la mayor parte de las operaciones de cada sucursal. Así, los grupos a cargo de cada local empezaron a ser responsables de las contrataciones y supervisión de los nuevos trabajadores, el manejo de los inventarios, etc.

De esta forma, Taco Bell ahorró millones en salarios de costosos managers. Al descentralizar buena parte de la toma de decisiones, ya no se necesitaba un gerente por sucursal sino que un solo manager alcanzaba para controlar la evolución de más de diez sucursales. (…) Sin embargo, según la investigación *Are We Ready for Self–Management?* de Harvard Business School, el principal beneficio de la iniciativa no fue el ahorro de costos sino el impacto sobre la motivación de los trabajadores.

Al sentirse responsables de muchas decisiones, los grupos de trabajo se convirtieron en modelos de motivación, eficiencia y creatividad. Al poco tiempo, los mismos trabajadores empezaron a proponer nuevas formas de perfeccionar la organización de las actividades.



ARGUMENTOS EN FAVOR DE LA AUTOGESTIÓN

Los hemos escuchado de gobernantes y gobernados, de quienes alaban el trabajo y quienes dicen despreciarlo. Algunos de los argumentos en favor del autogestionismo podrían resumirse de la siguiente manera:

«En época de crisis es necesario ajustar los cinturones, hacer un esfuerzo entre todos y sacar el país adelante.»

Este argumento suele ser enunciado por gobernantes y otro tipo de dirigentes. La retórica nacionalista y populista es la coartada perfecta para intentar hacernos creer que todos los habitantes de una misma región tenemos los mismos intereses, o que nuestros intereses coinciden más con los de un sector de la burguesía que otro. Esto lo hemos venido escuchando en las sucesivas crisis con sus llamados a la austeridad, pero es también un discurso frecuente en momentos de reactivación económica o luego de ciertas transformaciones políticas, como ha ocurrido en diversos procesos de liberación nacional. En el momento y lugar que sea, en el sector privado o estatal, bajo patrón o autogestivamente, trabajar más tiempo y más intensamente significa someterse a las necesidades de crecimiento del Capital.

«El control obrero educa al obrero en la producción y le hace comprender que se puede producir sin patrón.»

Estamos de acuerdo, completamente de acuerdo, que nos educamos en la producción capitalista, con o sin patrón ¡Pero no queremos esa educación! Aprendemos a producir y obedecer, y aprendemos que en muchas ocasiones se puede producir la misma mierda capitalista sin jefes y sin capataces ¿cuál es la importante lección? Este argumento que se escucha en boca de troskistas, libertarios, peronistas, estalinistas y demás obreristas amantes de la producción, intenta machacar que no hay salida al capitalismo, que a lo sumo podremos cambiarle el nombre, pero qué y cómo producir se mantendría intacto.

«No es capitalismo porque los trabajadores poseen y controlan sus propios medios de producción».

¡Si lo es! Y ni siquiera es cierto que controlen los medios de producción. Los tiempos y técnicas de producción, los materiales, la calidad de lo producido, está determinado por la tasa de ganancia de cada sector y cualquier proyecto de trabajo autogestivo que no obedezca a sus reglas fracasa a la brevedad. Desde una perspectiva revolucionaria es importante intuir que más que fábricas bajo control obrero se trata de obreros bajo control de la fábrica, bajo control del Capital. Si a todo aquello no gustan llamarle capitalismo da igual, el problema es el modo de producción y no su nombre.

«Claro que no es anticapitalismo pero tiene más elementos anticapitalistas que el trabajo asalariado. Y en el caso de una situación de huida de los patrones es mejor la autogestión que la nacionalización estatal o la entrada de un nuevo patrón.»

¿Mejor que qué? ¿Cuál es el parámetro? Preguntamos a los eternos defensores del "mal menor", a los apologetas del «peor es nada». Las reformas y el "mal menor" se oponen radicalmente a la revolución, no son un descanso en la mitad del camino hacia la transformación total. Continuando esa misma lógica otro día defenderán el trabajo asalariado que critican frente a un campo de trabajo forzado… ese es el triste razonamiento del "mal menor". Antes ya hemos señalado que no se trata de una cuestión cuantitativa sino de una cuestión cualitativa. No se trata de medir la explotación sino de abolirla.

Podemos agregar además que las luchas, recientes e históricas, que han surgido en los ámbitos de trabajo han sido de esos trabajadores asalariados a menudo despreciados por los cooperativistas y autogestionistas. Quizás porque ese asalariado puede experimentar la violencia del Capital verdaderamente como una exterioridad, a diferencia de los asalariados que se identifican con "su empresa", o peor aún de los trabajadores "autogestivos" que administran el capital particular que poseen. Peor aún, decimos, si lo que se espera es una conciencia revolucionaria.

«Los obreros necesitan comer»

Estamos de acuerdo, y no se podría pensar en sentido contrario, a excepción de que los que deben comer no son solo los obreros sino todos los proletarios. Más allá de los "detalles", con el mismo argumento que pretende ser soberbio, pragmático y realista se puede defender al trabajo asalariado frente al desempleo o algunas otras atrocidades menores frente a otras

mayores. Es la inagotable política del "mal menor" con careta humanitaria. Mientras que, cuando se saquea, destruye o se ataca a la propiedad y a sus guardianes, no se oirá «los obreros necesitan comer» de quienes justifican con esa frase mágica solo lo políticamente justificable, lo que entra en los parámetros dominantes de lo aceptable.

Este argumento casi nunca viene a plantear necesidades humanas sino a justificar todo tipo de reformas y concesiones, porque con el mismo argumento se podría hablar de expropiar a todos los burgueses y luchar contra el Estado. Sin embargo, se emplea para lo contrario, para plantear que hay necesidades inmediatas separadas de la necesidad humana de revolución, separando la necesidad de resolver algo económicamente de la de luchar contra los opresores y explotadores, separando lo que se necesita ahora (por ejemplo pan o techo) de lo que también se necesita ahora (destruir a los opresores). Son los reformistas quienes transforman las reivindicaciones en reformas y separan las necesidades. Estas no se hayan separadas en su propia naturaleza.

«La autogestión no funciona porque se encuentra con el límite de salir al mercado»

Es una falacia escuchada en variedad de ocasiones. Los emprendedores autogestivos no se encuentran con el mercado cuando ya tienen el producto terminado, se encuentran con él antes de comenzar a trabajar, más precisamente se encuentran participando en él. Es por eso que si bien pueden tomar algunas decisiones sobre sus proyectos al igual que los capitalistas, en lo esencial deben responder a las demandas del Capital si es que no quieren fracasar. Este argumento es esgrimido, por lo general, por quienes se dan cuenta que producir de formas menos nocivas o simplemente de formas diferentes a las que permiten mayor productividad, conlleva necesariamente una menor competitividad en el mercado y lo acusan a éste de sus desgracias. Olvidan o quieren olvidar que la circulación es un momento de la producción, no una esfera separada. Entonces, una vez más, el problema es que la producción asuma la forma de mercancías y la relación social dominante sea la del intercambio.

«No hay explotación, ya que no hay patrón que extraiga plusvalor de los trabajadores»

Este mito se fundamenta en una profunda incomprensión de lo que el capitalismo significa, de la no comprensión del Capital como sujeto, como relación social de intercambio, explotación y valorización.

En primer lugar, como ya hemos dicho, se ha tratado de reducir la explotación a una relación individual entre un burgués y los trabajadores que explota, cuando se trata de una relación entre clases sociales. A riesgo de simplificar en varios aspectos trataremos de ejemplificar.[4] De una moto que se vende en el mercado a $10.000, el productor de motos recibe $7000, por lo que el dueño de la concesionaria se queda $3000, de los cuales descontando todos sus gastos obtiene $1000. A su vez, el productor de motos debe destinar $1000 a pagar los intereses del crédito que pidió al banco para iniciar su empresa quedándose por lo tanto con $6000, de los cuales descontando todo lo invertido entre fuerza de trabajo y demás gastos de producción se queda con $2000. De este modo, el plusvalor extraído de la producción de motos es apropiado por los dueños de la concesionaria, el banco y la fábrica (más la empresa de publicidad, el dueño del local y un largo etcétera). Suponiendo que se trate de una fábrica autogestionada, no se puede escapar a esa interrelación entre las diversas esferas de la producción por lo que sus trabajadores seguirían siendo "explotados" por aquellos capitalistas del comercio y la banca que participan de las ganancias obtenidas de la venta de la moto.

Se nos dirá que al menos queda en manos de los trabajadores la porción de plusvalor que se embolsaba el anterior dueño de la fábrica. Aquí es donde debemos profundizar en otras consideraciones. **Se nos ha acostumbrado a pensar en la explotación como el crecimiento de la panza del burgués. Entonces, si no hay burgués ni panza, no habría explotación**. Pero lo que se olvida, y a eso nos referimos con que la burguesía es un mero agente del Capital, es que el burgués que conserva y crece en su posición social nunca se comió ni derrochó toda su ganancia, sino que principalmente la reinvirtió en la producción, en nuevos y ampliados ciclos de reproducción del Capital.

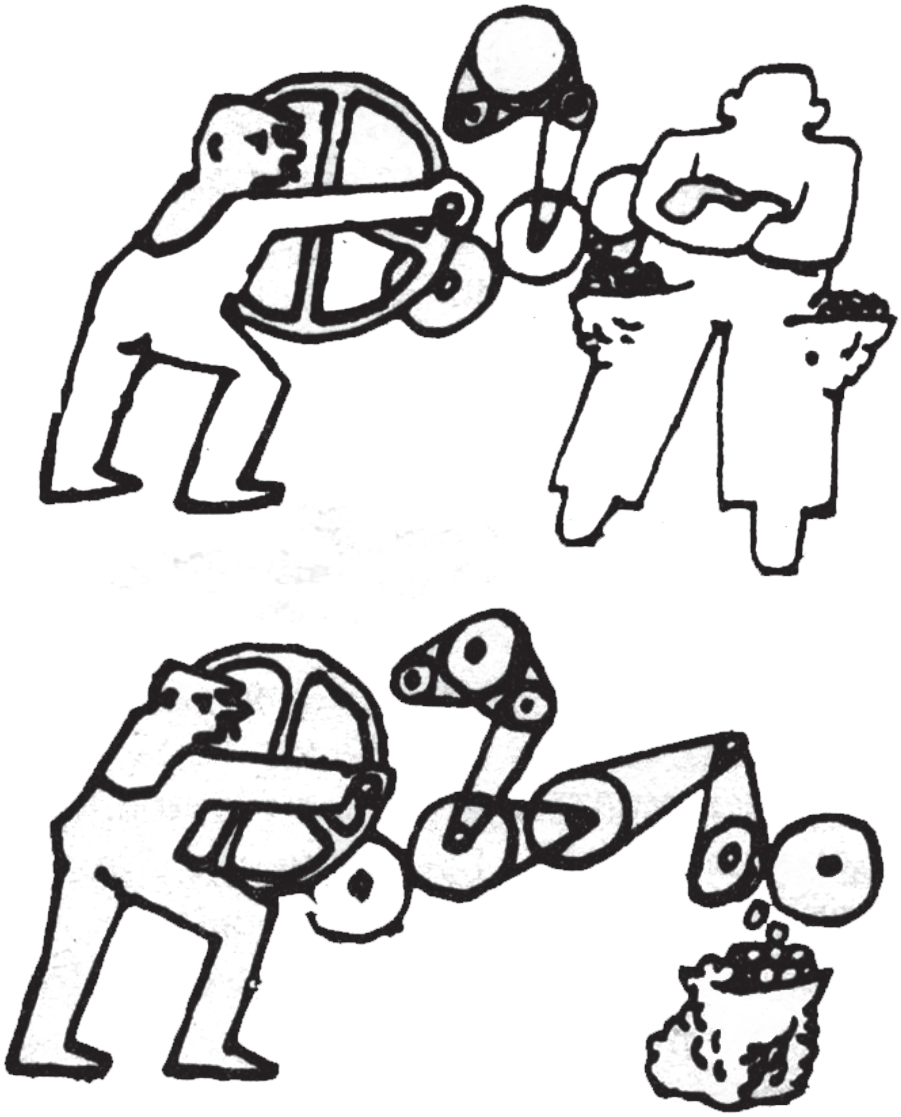
El premio que disfruta la burguesía por su desagradable función social, solo lo obtiene a cambio de las enormes porciones de capital que gestionan y en cuanto no lo hacen bien, deben prescindir de sus lujos y obscenidades. Desde la óptica del Capital, el burgués que mejor explota a sus trabajadores es el que invierte su ganancia en su empresa para hacerla crecer y explotar más trabajadores, no el que la derrocha.[5]

Por lo tanto, podríamos decir que la mayor parte del plusvalor extraído al proletariado debe ser constantemente reinvertido en nuevos ciclos de valorización, en el crecimiento de las empresas. Aunque cueste admitirlo, es exactamente lo que hacen los

4 Ver en Cuadernos de Negación nro. 11 respecto de las limitaciones al conceptualizar el valor individual de las mercancías en el texto *La ley del valor*, en particular en la nota al pie nro. 13.

5 La tendencia del capitalismo contemporáneo parece indicar incluso que la figura de la empresa en propiedad de un único capitalista ya es algo del pasado o una característica de sectores no centrales de la economía. En determinado momento de su crecimiento las empresas tienden a realizar una oferta pública (más conocido en inglés como IPO) para obtener fondos de manera más eficiente que a través del crédito, y porque es de esta manera como se posicionan e intentan disuadir a proyectos similares para ganar una mayor cuota de mercado. Es la "comunidad de accionistas" la que sustituye al capitalista de antaño, y lo más curioso es que en diversas fases históricas, esa comunidad contiene incluso a personas que se desempeñan como trabajadores asalariados en posiciones no dirigenciales.

Muchas de las empresas modelo del movimiento cooperativo (Sancor en Argentina y Mondragón en España para citar apenas algunos casos) siguieron este mismo camino y hoy sus poseedores son una combinación de cooperativistas junto con inversores.



El Capital a veces no necesita patrón…

emprendimientos autogestivos considerados exitosos: hacen crecer su empresa, reproducen su capital, contribuyendo a la reproducción del Capital en su conjunto. El éxito rara vez se mide por las condiciones de vida de los trabajadores de una empresa, sino por su crecimiento. A esto nos referíamos en un comienzo de esta publicación cuando decíamos que más que autoexplotación, se trata de una autogestión de la explotación al servicio del Capital. Aunque la autogestión de la totalidad de la producción resultaría imposible, podemos ver que tampoco es algo deseable.

El crecimiento del capitalismo es entonces el crecimiento y la reproducción constante del Capital, que se concreta a través de infinidad de unidades autónomas de producción que compiten e intercambian entre sí. Esas unidades pueden ser empresas privadas o estatales, organizadas de infinidad de formas, donde los emprendimientos autogestivos no son una excepción. Nosotros decimos que si las empresas crecen (sea como sea que se administren), el Capital crece, la explotación crece.

A su vez, suponiendo que a pesar de todo lo que contribuye la autogestión a la reproducción del Capital aún queda la ventaja de apropiarse de aquello que gozaría un patrón, debemos recordar que para los pequeños emprendimientos siempre es todo más difícil que para los grandes capitalistas, lo que significa una mayor dependencia de otros sectores de la burguesía que otorgan crédito y comercializan mercancías a gran escala, es decir, menor ganancia. Es por eso que los Estados como es el caso del argentino han implementado políticas de fomento de la autogestión y el cooperativismo a través de **diversos subsidios, para lo que se emplean fondos que no provienen de otro lado que de la explotación del proletariado en su conjunto**.

Por último, no debemos olvidar que la proliferación de emprendimientos autogestivos y fábricas recuperadas en esta región se dio a partir de una situación de fuerte crisis. En el nro. anterior de Cuadernos decíamos al respecto: «El movimiento de capitales en torno a la tasa de ganancia también es importante para pensar el desarrollo de ciertas cooperativas y emprendimientos autogestivos en las últimas décadas, donde los trabajadores quitan al patrón del medio (o por lo general es el patrón el que decide irse) y se ponen ellos mismos a administrar sus empresas. En primer lugar, tengamos en cuenta que si un capitalista decide irse se debe a que la tasa de ganancia en esa rama productiva no es lo suficientemente alta. Por lo tanto, los trabajadores no tienen demasiada ganancia que gestionar o distribuirse al tomar las riendas de la producción. Al hacerlo, ayudan al Capital a correr del medio a un burgués que le sale demasiado caro en tiempos de crisis. Además, en muchos casos, si la empresa autogestionada sale adelante se debe a que los trabajadores se someten a unas condiciones de explotación que no permitirían nunca a un burgués. Si un patrón quisiera implementar medidas como bajar los salarios abruptamente o incluso pasarse meses sin pagarlos, aumentar el ritmo, obligar a los trabajadores a comprometerse de manera gratuita en la organización del proceso laboral, dejar de pagar cajas previsionales y demás seguros sociales; su empresa tardaría poco en arder en llamas. Bajo la autogestión, con el peso de la ideología de que "la empresa es de los trabajadores y trabajan para ellos mismos" la alienación es llevada al *summum* donde se aceptan toda esa clase de sacrificios. Pero incluso en el hipotético caso de que los trabajadores logren administrar eficazmente la producción, manteniendo así una alta tasa de ganancia, siempre deberán destinar una parte importante de ésta al crecimiento de su capital particular, del que ahora son propietarios. En definitiva, el Capital siempre continúa creciendo a costa de su trabajo.»

«Esa no es la verdadera autogestión»

Cuando los defensores del autogestionismo como forma de lucha deben enfrentarse a la realidad de que la enorme mayoría de emprendimientos autogestivos y cooperativas no se plantean ni de cerca en oposición al capitalismo, esgrimen este argumento y acusan al Estado, los partidos políticos y diversas instituciones de crédito y fomento, como los encargados de cooptar un movimiento que en realidad sería un movimiento de lucha y no de integración al Capital. Nosotros nos preguntamos: **¿realmente creen que les robaron sus buenas ideas? ¿o será que esas ideas nunca les pertenecieron?**

A fin de cuentas, es el argumento de toda ideología: «no es la verdadera democracia», «no es la verdadera política», etc, etc… Y para exponer la verdadera no contraponen una realidad o un movimiento social que exprese esa verdad, sino que la construyen en un plano ideal, fantástico, como una creación mental que afirma que lo verdadero es lo que está en las cabezas y no lo que ocurre en la realidad misma. Por eso nos disponemos a criticar la autogestión como ideología que se contrapone a la acción revolucionaria, como fuerza material que atrapa a los proletarios en un callejón sin salida que les lleva a seguir reproduciendo la sociedad de explotación capitalista.

«Me gusta más trabajar así»

Bien, «sobre gustos no hay nada escrito» dice un viejo refrán… Hay personas que aseguran preferir trabajar bajo presión, otras en ambientes más o menos hostiles. El *síndrome de Estocolmo* parece tener multitud de variaciones. Lo deprimente de este tipo de argumentos es **el supuesto componente emocional que se presenta intocable frente a cualquier reflexión**. Y a su vez la importancia que se le da al yo individual y a sus pequeñas interrelaciones. El mundo se cierra sobre las experiencias personales y desde allí se pretende extraer lecciones generales.

Una relación de producción no es simplemente una relación fortuita entre dos personas ni entre diez o cien. Es una relación social generalizada que no puede evadirse —y mucho menos abolirse— de forma individual. Claro que de acuerdo a "su" personalidad cada uno puede sentirse más o menos a gusto en un trabajo, puede buscar incluso vender cara su fuerza de trabajo en las condiciones lo menos destructivas posibles, pero aquello es simplemente una salida individual momentánea que pende de un hilo frente al monstruo capitalista.

Y decimos "su" personalidad ya que no es más que la personalidad de su época. Esta sociedad, que hoy venera el rendimiento nos llama a la motivación exagerada y, en ciertas ocasiones, esta es más eficaz que la represión y el autoritarismo abierto. Un empresario de sí mismo se siente libre, y esta auto–coacción puede ser muy eficiente en algunos ámbitos laborales.

«La coacción engendrada por uno mismo se presenta como libertad, de modo que no es reconocida como tal. El *tú puedes* incluso ejerce más coacción que el *tú debes*. La coacción propia es más fatal que la coacción ajena, ya que no es posible ninguna resistencia contra sí mismo.» (Byung–Chul Han, *No poder poder*)

La derrota de la noción de necesidad de *revolución de la vida cotidiana*, que podríamos situar en las corrientes posteriores al 68, dio paso naturalmente a la reforma de la vida cotidiana, dotando además de nuevos elementos a los vencedores que no tardarían en usarlos en campañas políticas y publicitarias. A los vencidos les ha quedado consolarse con el eco de esos discursos.

Gallinas

Presentamos a continuación un artículo de **Rafael Barrett** publicado en *El Nacional*, el 5 de julio de 1910. En cuatro párrafos, este compañero, describe qué es la propiedad pero también qué hace con cada uno de nosotros y con nuestras relaciones.

Mientras no poseí más que mi catre y mis libros, fui feliz. Ahora poseo nueve gallinas y un gallo, y mi alma está perturbada.

La propiedad me ha hecho cruel. Siempre que compraba una gallina la ataba dos días a un árbol, para imponerle mi domicilio, destruyendo en su memoria frágil el amor a su antigua residencia. Remendé el cerco de mi patio, con el fin de evitar la evasión de mis aves, y la invasión de zorros de cuatro y dos pies. Me aislé, fortifiqué la frontera, tracé una línea diabólica entre mi prójimo y yo. Dividí la humanidad en dos categorías; yo, dueño de mis gallinas, y los demás que podían quitármelas. Definí el delito. El mundo se llena para mí de presuntos ladrones, y por primera vez lancé del otro lado del cerco una mirada hostil.

Mi gallo era demasiado joven. El gallo del vecino saltó el cerco y se puso a hacer la corte a mis gallinas y a amargar la existencia de mi gallo. Despedí a pedradas el intruso, pero saltaron el cerco y aovaron en casa del vecino. Reclamé los huevos y mi vecino me aborreció. Desde entonces vi su cara sobre el cerco, su mirada inquisidora y hostil, idéntica a la mía. Sus pollos pasaban el cerco, y devoraban el maíz mojado que consagraba a los míos. Los pollos ajenos me parecieron criminales. Los perseguí, y cegado por la rabia maté uno. El vecino atribuyó una importancia enorme al atentado. No quiso aceptar una indemnización pecuniaria. Retiró gravemente el cadáver de su pollo, y en lugar de comérselo, se lo mostró a sus amigos, con lo cual empezó a circular por el pueblo la leyenda de mi brutalidad imperialista. Tuve que reforzar el cerco, aumentar la vigilancia, elevar, en una palabra, mi presupuesto de guerra. El vecino dispone de un perro decidido a todo; yo pienso adquirir un revólver.

¿Dónde está mi vieja tranquilidad? Estoy envenenado por la desconfianza y por el odio. El espíritu del mal se ha apoderado de mí. Antes era un hombre. Ahora soy un propietario…

¿AUTOGESTIÓN DE LA LUCHA?

Algunos compañeros reivindican el término *autogestión* para referirse a ciertas formas de lucha contra los explotadores y opresores, en definitiva contra la forma y el contenido que significa esta sociedad: *autogestión de la lucha* le llaman. Bien, lo entendemos y para nosotros no se trata de una cuestión de términos o categorías que deberíamos consensuar sino de práctica real. De todos modos, ya que algunas veces la puesta en tensión de ciertas terminologías nos permite comprensiones colectivas, no queríamos perder esta oportunidad para tratar un tema tan fundamental como este.

Lo que sigue son extractos del libro *Autogestión* de Alfredo María Bonanno (1977), y los traemos no para resignificar la palabra, dar autoridad a las citas, ni mucho menos para descubrir en este compañero posiciones compartidas. Sabemos que en las últimas décadas Bonanno seguramente no afirmaría estas posiciones. Lo hacemos porque nos parece importante considerar cómo desde una perspectiva anarquista (y a contracorriente de la mayoría del movimiento anarquista) otros compañeros han hablado y aún hablan de autogestión no en términos de administración mercantil sino de autonomía de la lucha respecto de partidos y sindicatos. Y aún más profundamente de la cuestión de cómo luchar (y producir) así como también el por qué luchar (y qué producir).

El adjetivo *autogestivo* ha sido y es utilizado muchas veces para aquellos proyectos militantes que no persiguen fines de lucro, que no tienen financiación de empresas, sindicatos, partidos, etc., que no se enmarcan en la legalidad del Estado para su funcionamiento como lo hacen diversas instituciones, que no se organizan burocráticamente. Sin dudas son elementos importantes, pero separados de un contenido radical no garantizan nada por sí mismos. De hecho, han sido características básicas de los agrupamientos y organizaciones revolucionarias de la historia, incluso desde mucho antes que la categoría *autogestiva* se empleara. Por eso insistimos con el contenido de la lucha y no con su forma. La autogestión de la lucha no supone que esta sea revolucionaria.

Aunque muchos compañeros lo hagan, nos parece necesario señalar que **emplear la misma categoría para un uso política y económicamente reformista por un lado y para describir una fuerza revolucionaria y social por otro lleva a diversos equívocos y oportunismos**. Pero no vamos a resolver ni con el actual ni con un nuevo diccionario lo que debe ser superado en la lucha misma.

Compartimos algunos fragmentos de dicho libro y advertimos que los subtítulos son nuestros.

Autogestión y lucha

Queda por decir, que el principio autogestionario no puede ser separado de una crítica de la realidad en sus aspectos centralizadores. Para lo cual no basta con decir qué se entiende por "autogestión", sino que es necesario indicar los peligros de una

versión economicista del problema y las deformaciones visibles en las diferentes tentativas ya realizadas. (…)

Autogestión es también, y principalmente autogestión de las luchas que llevarán a las clases de productores y de explotados a destruir el poder patronal. En otras palabras no podemos esperar construir una sociedad futura autogestionada partiendo de una organización piramidal de la lucha, construida por un partido o por una casta dirigente de carácter profesional. (…)

Por este motivo debemos preguntarnos: autogestión sí, pero ¿con qué fines y a cuenta de quién? Si los fines están identificados con el productivismo, si un fatigado sistema económico encuentra la solución de sus propias crisis cíclicas al empujar a los trabajadores hacia la falsa perspectiva de una participación en la dirección de la empresa; entonces, este tipo de autogestión no es la que buscamos. Del mismo modo, si la autogestión está organizada desde lo alto por cuenta de un partido, o de un grupo de personas que se arrogan el derecho de utilizarla para "construir el socialismo", tampoco esta nos interesa. (…)

El concepto de autogestión concierne al problema de la lucha por la emancipación (luchas reivindicativas y revolucionarias), y a las formas de organización de la sociedad futura. Considerar la autogestión como un problema de la naturaleza económica solamente, es cuestión de ignorancia o mala fe. (…)

En un tiempo, la ocupación de fábricas y de los campos significaba el máximo ultraje a la propiedad privada, la vigilia de la revolución; hoy, las ocupaciones son a menudo solicitadas por los mismos patrones que con este hecho salen ganando a través de oscuras operaciones de poder marginal.

En un tiempo, el concepto de la autogestión de la producción se encontraba exclusivamente en los libros de los teóricos anarquistas; hoy todos los partidos de la izquierda, todos los sindicatos y muchos países capitalistas o seudo socialistas, hablan y aplican la autogestión. (…)

Pero el problema es diferente. **La capacidad creativa puede ser utilizada por el sistema capitalista como instrumento alternativo en su supervivencia**, y de este modo resultaría envuelta en una lucha que aunque aparentemente extraña, resultaría positiva y fuente de mejoramiento. Esta lucha podría hacer perecer la capacidad creativa rápidamente. Sucedería esto en el caso, no totalmente impensable, de una sensible disminución del horario de trabajo, de un proceso de automatización cada vez más amplio, del empleo de otras fuentes de energía, de una utilización a nivel global de las fuentes de información, de una centralización del tiempo libre y de todos los problemas relativos a él.

Ideología de la producción

La ideología dominante es la de la producción. Este término tiene un significado positivo e irracional al mismo tiempo. Al pronunciarlo, todos los hombres políticos se refieren a un hipotético bien común que se debe proteger y acumular. Servidores del sistema de todas las razas, ilustran periódicamente, los beneficios colectivos de un aumento de la producción, calculan rentas media per cápita, intentan convencer a la gente de que todo es para mejor y en el mejor de los mundos posibles.

Se podría demostrar fácilmente cómo **la ideología de la producción no se limita al sector de la economía, sino que inunda toda la sociedad**: la lengua, la estructura social, el sexo y tantas otras cosas son transformadas, agigantadas, multiplicadas por esta manía productiva. En términos marxistas, se trata de un proceso de reificación, de transformación en objetos. La misma ideología se deifica y acaba en los supermercados.

La cultura está condicionada por este fenómeno de un modo muy claro. Se distribuye ya confeccionada. Sigue la ideología de la producción, del mismo modo que los automóviles y los televisores.

(…) La tesis de los partidos, llamados de los trabajadores, no consigue sacudirse el fantasma de la producción. Estas organizaciones sostienen **una "liberación" de las fuerzas productivas confundiendo este asunto con la liberación del ser humano**. El peligro de semejante error es de grandísima importancia.

EL EJEMPLO ARGENTINO

> «Además de las nuevas empresas, miremos también a las empresas que están en dificultad. A las que según los viejos *padrones* conviene dejar morir y que en cambio pueden revivir con las iniciativas que ustedes llaman "Workers buy out", "empresas recuperadas" en mi idioma. Soy un hincha de las empresas recuperadas.» (Jorge Mario Bergoglio, actual papa de la Iglesia católica. Marzo de 2015)

En una entrevista que nos realizaban hace algún tiempo[6] surgía la curiosidad sobre el 2001 en la región argentina. La cuestión de la autogestión, las cooperativas y las fábricas recuperadas continuan siendo ineludibles y para comenzar queremos retomar desde lo que respondíamos aquella ocasión:

La autogestión, a diferentes niveles, fue puesta en marcha tanto por los desempleados que no tenían otra forma de conseguir trabajo, así como por los trabajadores que tenían que poner a andar el lugar de trabajo luego de la huida del patrón endeudado que no quería dar la cara a sus empleados. En muchos barrios estos proyectos eran parte de una solidaridad de clase palpable, estando en la calle, protestando y solucionando sus problemas sin pedir nada al gobierno. Así, un vecino ponía en común su casa y un horno para hacer pan para que quien lo necesitara lo hiciera y saliera a vender. Estas situaciones eran comunes y generaban mayores relaciones entre proletarios, lazos menos débiles que en épocas de aparente paz social. Sin embargo, **sin perspectiva de lucha revolucionaria, las situaciones se fueron replegando hacia el autogestionismo, lo que significó: seguir sobreviviendo en el sistema capitalista sin buscar salidas**. Como decíamos antes, sabemos que en varios países se insiste una y otra vez con el ejemplo argentino de la autogestión, por eso consideramos de vital importancia exponer esta cuestión que ha sido y es un verdadero freno a la furia y creatividad proletaria en los momentos de revueltas que se dan en estos contextos de crisis mundial.

El autogestionismo olvida o quiere hacer olvidar que la explotación reside en las condiciones de producción capitalista y no cesa por cambiar las etiquetas ni mucho menos gracias a buenas intenciones. Ocultar la explotación es ocultar el carácter de clase de la sociedad en que vivimos, es ocultar la extracción de plusvalor por parte la burguesía. Luego de los ajustes y de la reactivación de la economía nacional, la presidenta de este país agradeció públicamente a quienes siguieron gestionando sus fábricas sin patrón y declaró que «la Argentina es como una gran fábrica recuperada»[7]. Esto, pensamos, deja aún más evidenciado el carácter contrarrevolucionario, no de la lucha de los proletarios por sobrevivir, sino de gestionar la economía sin patrón y ponerse al servicio del Capital con un menor salario y peores condiciones en épocas de crisis. Los

6 Realizada por el colectivo Asymétrie de Francia. Publicada en septiembre de 2014, disponible también en inglés y francés en nuestro sitio web.

7 Palabras de la expresidenta de Argentina, Cristina Fernández de Kirchner en su visita a la cooperativa Mataderos (17 de marzo del 2010): «Déjenme decirles que yo siento que la Argentina es también una gran fábrica recuperada, una gran fábrica que en algún momento se cerró; (…) Y hoy que hemos recuperado y hemos abierto esa fábrica, yo les aseguro, yo les prometo que cueste lo que cueste esa fábrica va a seguir abierta y funcionando, no la van a cerrar más.

Esta gran fábrica recuperada que es la Argentina fue recuperada dos veces, en el 2003 y cuando pensaron que íbamos a cerrar el año pasado y se nos venía la crisis encima, la mantuvimos abierta también contra viento y marea. La mantuvimos abierta con la cooperación de los sindicatos, que fueron abiertos e inteligentes. También con el esfuerzo de los empresarios, que articulamos con ellos cómo hacíamos para que no despidieran gente, para poder seguir con el nivel de ocupación que era lo que más nos desvelaba, lo que más nos preocupaba, que era el gran objetivo, el defender ese vínculo laboral, que no se rompiera. (…)

Finalmente, no quiero agobiarlos con tantas cosas, quiero agradecerles a los 132 trabajadores de esta empresa, a sus familias, a la Federación Gráfica Bonaerense, a todos los hombres y mujeres que creen que es necesario mantener contra viento y marea las fábricas abiertas. Allí en cada lugar que los argentinos crean que necesitamos una Argentina de mayor valor agregado, de producción, de mercado interno, de exportación, allí me van a encontrar, no como jefa sino como soldado, porque yo soy soldado de esta causa.

Nunca me sentí ni quiero ser jefa de nadie ni de nada, simplemente un soldado de la causa nacional, un soldado de la producción y del trabajo. (…)

Muchas gracias y a seguir trabajando por la gran Argentina, por la fábrica recuperada, por la patria recuperada, por las esperanzas recuperadas, por la dignidad recuperada. Muchas gracias compañeros.»

burgueses agradecen que en épocas de mayor necesidad el proletariado no saquee ni destruya lo que les destruye, sino que se ajuste los cinturones por la patria. Así como ahora agradecen que muchos de los militantes que estaban en las calles en 2001 se conformen con propuestas autogestivas. No es la primera vez que las debilidades del proletariado en un contexto de conflictividad son luego presentadas como las "virtudes" a defender en un momento de pasividad. Así como ocurrió con el politicismo y el parlamentarismo en las primeras décadas del siglo XIX, hoy ocurre también con el autogestionismo.

Más de cien años atrás compañeros proletarios que luchaban contra el Capital en la región argentina arribaban a conclusiones como las siguientes:

«Con relación a las cooperativas, a propuesta de los tabaqueros, se decide aprobar esta declaración:

EI tercer congreso de la Federación Obrera Argentina declara que las cooperativas, tanto las de producción como las de consumo, son perjudiciales a las clases trabajadoras porque enervan el espíritu de rebeldía, fomentando el espíritu de ambición.» (Junio 1903, citado en Iaacov Oved, *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*)

«Cooperativas. Considerando que las cooperativas, por ser obras de acumulación, son contrarias a la acción de los obreros, que el mayor éxito de éstas equivale a un alto mejoramiento económico de las cooperativas, son contrarias al principio de la emancipación de los trabajadores, puesto que la acción de éstos dentro de las cooperativas es velar por la conservación de sus capitales y puesto que esa defensa de interés es un egoísmo puramente burgués y no la emancipación del Capital como algunos creen, sino la perpetuación del mismo; que esto equivale a una transformación del estado económico en beneficio de determinados individuos que terminan por apartarse del proletariado.

El VIº Congreso declara que: puesto que el éxito de las cooperativas es la derrota de los proletarios, puesto que cuando triunfan, son instituciones burguesas que aceptan la ley, y a ella recurre para perseguir a sus deudores, descuentan giros de dinero, colocan sus capitales y especulan en sus empresas, terminando con ser un verdadero enemigo del proletariado, recomiéndase a las Sociedades [de resistencia] combatan por todos los medios la implantación de cooperativas.» (VIº Congreso de la Federación Obrera Regional Argentina, septiembre 1906. Publicado en *La Organización Obrera* nro. 50, octubre 1906)

Los especialistas puedan dar miles de rodeos, pero la realidad es más simple de cómo la presentan: a mayor ganancia de los burgueses mayor es nuestro padecimiento.

El típico ejemplo de las *fábricas recuperadas* en Argentina, con sus apologetas por todo el mundo, es un ejemplo de lo que queremos exponer. Aquellas fábricas abandonadas por sus dueños, son puestas en marcha por los empleados que quedaron sin empleo y vuelven a la marcha fúnebre del Capital al precio de la intensificación del trabajo y del abaratamiento general de las condiciones laborales. Así los proletarios se ven presionados a trabajar y tomar el mando, a pensar y actuar como explotados y a su vez como explotadores. Con los años vemos cómo quienes han subsistido lo han logrado a costa de tomar decisiones más duras que las de sus patrones: han trabajado por un sueldo menor, han trabajado gratis, han cronometrado el trabajo donde antes no se hacía y algunos hasta han tomado empleados. Lejos quedaron ya los endebles argumentos posteriores al 2001 y solo queda en pie el discurso en defensa del trabajo.

«Así como el protestantismo pedía a cada cristiano convertirse en su propio sacerdote, el capitalismo de los autogestionistas pide a cada obrero, con todo el peso de sus poderes ilimitados, convertirse en su propio capataz, en su propio cronometrador; le pide erigirse en representante del Capital frente a su propia naturaleza y conciencia de explotado». (Munis, *Autogestión*)

Al tener la responsabilidad de gestionar la explotación, los trabajadores deben enfrentarse unos a otros, identificarse con los intereses de la empresa, tomar y despedir empleados, controlar el tiempo de trabajo propio y ajeno, luchar contra el absentismo, es decir: ejercer la violencia y la competencia más descarnada al interior de nuestra clase.

Es principalmente por estos motivos que **el proletariado no se fortalece en la autogestión sino que se debilita, se reafirma como proletariado al servicio del Capital y no como una clase que debe suprimirse a sí misma junto con toda la mierda capitalista**. Aceptar las dificultades de la economía nacional y los golpes de las crisis no debe ser nuestra tarea, como tampoco es nuestra tarea aprender a ser serviles a las leyes de la economía.[8]

Luego de las combativas jornadas de diciembre del 2001 muchos emprendedores autogestivos tenían una o varias excusas: «esto te quita menos tiempo que el trabajo normal», «queda dinero para la causa» o «esto refuerza los lazos humanos entre nosotros». La realidad es que con un solo emprendimiento no solía alcanzar así que muchos acabaron teniendo dos trabajos, por tanto tampoco había dinero para "la causa" y mucho menos tiempo. Se reforzaron las relaciones sociales en tanto que laborales o de compra/venta. Y **quienes triunfaron en los negocios olvidaron rápidamente que querían cambiar las cosas. Eso sí, lo recuerdan si es necesario para autopromocionarse.**

8 En este sentido es notable como cada vez más consignas de la izquierda están asociadas a las políticas económicas que "el gobierno debería emplear en defensa de los trabajadores": «No al pago de la deuda externa», «No al FMI», «No al rescate de los bancos», etc.

Sacarse al patrón de encima no equivale a acabar con la explotación. Recuerda a cuando alguien se tapa la cara frente a los ojos de un bebé y se le pregunta «¿Dónde estoy?». ¿Si no hay empresario a la vista no hay Capital? Hay un mundo más allá de nuestra corta mirada, «¡acá está!». Y esto lo descubrieron rápidamente las cooperativas, fábricas recuperadas y proyectos autogestivos cuando debieron sobrevivir en la cruel competencia capitalista. Para no perecer se solían crear redes de producción y consumo tal como se siguen creando hoy, manteniendo también la ideología de una economía alternativa.

El dilema en el que se encuentran los defensores del autogestionismo, en tanto que supuesta crítica práctica del capitalismo, es que si la empresa o la red de empresas no funcionó significa que la autogestión que tanto promocionan no funciona y si llegó a funcionar tuvieron que actuar cada vez más parecido a esas "empresas sin rostro" a las cuales demonizan. En plena autogestión, como en cualquier otra empresa es necesario crecer, por lo cual hay que emplear a otros proletarios o comprar máquinas y comenzar a intensificar el trabajo. Cada emprendimiento es entonces un patrón y capitalista colectivo.

Pero el dilema no se resuelve tan fácilmente y menos en la actualidad. En Argentina muchos de estos emprendimientos no son autosuficientes y entonces buena parte del proyecto consiste en conseguir subsidios del Estado, esto puede hacerse mediante trámites, concursos o hasta tomando medidas más duras como cortar calles y resistir a la policía. El Estado ha logrado, incluso, tercerizar[9] trabajo antes directamente asalariado para brindárselo a estas cooperativas. Así, cortar el césped de plazas y boulevares puede volverse un gasto mínimo al quedar en manos de una cooperativa que debe poner hasta los instrumentos de trabajo, vendiendo barata la fuerza de trabajo, sin jubilación, ni obra social. ¡y esto los dirigentes de las organizaciones lo presentan como una victoria frente al Estado! No les tiembla la voz al decir que están recuperando "nuestro dinero" al Estado.

«En primer lugar, la identificación de los fondos públicos, del Estado, con "¡nuestro!" dinero requiere una embarazosa reducción de la población con el Estado. Los fondos públicos recaudados a través de los impuestos son tan "nuestros" como el Bentley de mi jefe es "mío", ya que los ingresos por impuestos representan la porción Estatal del plusvalor expropiado por la clase capitalista. Por supuesto que los impuestos son una forma más visible que otras de plusvalía, pero no son más "nuestras" por eso. La idea del "dinero del contribuyente" puede suponer una ventaja retórica para los oradores populistas, pero es un pilar de la ideología burguesa.» (Joseph Kay, *Sobre cooperativas, conflictos y hombres de paja*)[10]

Mientras tanto el Estado presenta sus índices de desocupación más bajos de lo real incorporando todos estos empleos y subempleos a la categoría de empleados y escupe su asquerosa ideología de que «el que no trabaja es porque no quiere porque trabajo hay». Mientras tanto, los "afortunados" que pueden conseguir un trabajo gracias al autogestionismo o las cooperativas lo harán por más tiempo, más duro y en condiciones cada vez peores, y para mayor tragedia no hay nadie a la vista a quien insultar, sabotear, robar o hacerle huelga.

El productor brilla con la luz de sus mercancías y se identifica con su trabajo. Se presenta frente al mundo como "su" trabajo, al cual logra identificarse con la coartada de la autogestión. Se relaciona a través de las mercancías producidas con otros productores de mercancías, en sus comercios, en ferias, festivales y viajes. Arrastran su autogestionismo allí donde vayan, son trabajadores full–time tal como los que exigen grandes empresas en sus anuncios de búsqueda.

En la comprensible desesperación por subsistir o en la desenfrenada carrera de la ganancia, se crea una marca, un logo, un slogan, y también se disfraza la verdad para poder vender, como cualquier vendedor: frente al Estado y en busca de un subsidio es mejor mostrarse como «luchadores buenos que trabajan y no hacen la revolución», frente al ciudadano consumidor es mejor sacar a relucir el trabajo genuino y las particularidades del producto, frente a progresistas de izquierda mejor insistir con el aspecto político de la producción, y frente a quienes proclaman la revolución plantarse como revolucionarios con un proyecto serio. No se puede culpar a nadie por intentar vender lo que produce, pero vamos a denunciar una y otra vez la amalgama de trabajo y actividad revolucionaria, de trabajo y emancipación, de socialización mercantil y comunidad humana.

El ejemplo argentino del cual debe aprender el proletariado mundial es que si no se pierde la confianza en el capitalismo, si no se busca un horizonte diferente al burgués estamos perdidos antes de comenzar a organizarnos.

Aunque lo importante aquí es nuestra experiencia como clase y no nuestras aventuras y desventuras individuales, queremos subrayar que sabemos de lo que hablamos. Hemos alternado nuestra supervivencia trabajando en cooperativas que se formaron inmediatamente después de las revueltas del 2001, hemos trabajado por nuestra cuenta, armando proyectos de trabajo autogestivos y asalariadamente. No somos intelectuales que condenan una u otra forma de subsistencia, somos proletarios que subsistimos en el capitalismo pero no queremos más, y no queremos reducir nuestra lucha para acabar con este orden dominante a una manera de trabajar. **No queremos hacer de la necesidad una virtud**. No

9 La expansión de la tercerización (u outsorcing) en Argentina venía desde la década de los 90, relacionada íntimamente con una creciente desocupación y flexibilización laboral. Esta tercerización por parte del capital privado y del Estado, también obtuvo su correlato en materia de represión. Si bien a lo largo de la historia de este país han existido grupos represivos paraestatales que ejercieron su función junto a los aparatos oficiales del Estado, en los últimos años es notorio el protagonismo de las mafias sindicales, barrabravas o una mezcla de ambas en la represión a quienes luchan, incluso asesinando a diversos militantes.

10 Incluido en *¿Rescates o cooperativas?* Traducción al castellano del Grupo Ruptura del debate que tuvo lugar en el sitio web libcom.org sobre cooperativas y autogestión, y su uso como herramienta estratégica.

queremos discutir formas de gestión colectivas, ni nuevas formas de medir nuestro trabajo. Queremos luchar junto a otros proletarios para dejar de serlo. Establecer una nueva comunicación, a través de la lucha, reconocernos a través de nosotros mismos y no a través de mercancías o de los medios masivos de comunicación, ni tampoco de los "medios de comunicación autogestionados".[11]

¿Para qué conquistar los medios de producción? Esos medios determinados por la producción de mercancías y no por la satisfacción de deseos y necesidades de una humanidad emancipada. ¿Y después? ¿Gestionar cárceles y manicomios?

En un proceso insurreccional será preciso insistir en la delimitación entre autogestión y la toma de los medios de producción por parte del proletariado (aunque algunos autogestionistas quieran amalgamarlo). En plena insurrección, el proletariado debe lanzarse y tomar evidentemente todo tal como lo encuentre: campos, fábricas, industrias, edificios, armas… Inmediatamente se debe subvertir la función social de esos medios y centros productivos al utilizarlos no para el valor sino para las necesidades humanas inmediatas (inseparables de la necesidad humana de revolución). Una gran parte habrá que dejarlos inservibles pues sólo son para la valorización, otra no hay más remedio que partir de lo que hay (fábricas de armas para utilizarlas para la insurrección, medios de producción de alimentos, medios de transporte…). Evidentemente, estos medios no están concebidos para las necesidades humanas, pero en un primer momento no hay mucho más que emplearlos, tanto en la lucha contra el Capital, como para vivir. En este proceso se deben transformar completamente todos esos medios que están concebidos para explotar, para crear mercancías y no para la actividad humana.[12]

El parteaguas es continuación o ruptura con el capitalismo. Si se quiere superar al capitalismo no puede emplearse el modelo capitalista de producción, que no solo produce objetos sino relaciones sociales de explotación y enajenación. Sin embargo, el parteaguas no debe comprenderse como una dualidad entre trabajo autogestivo o saqueos, o fetichizando estos últimos como "la verdadera forma proletaria de subsistir". Los compañeros del Grupo Comunista Internacionalista publicaban en noviembre del 2002:

«La necesidad de sobrevivir, en un contexto de caos generalizado como en Argentina, donde la situación material se hace insoportable cada vez para más gente, empuja a todos a ingeniarse de mil maneras: saqueos, ocupaciones de locales y/o fábricas, recuperaciones, inventos raros, curros,[13] artesanados, tráficos, falsificaciones, cambios… Nadie, y mucho menos nosotros, podría juzgar o condenar cualquiera de estos procedimientos de supervivencia, de lucha contra el hambre que nuestra clase inventa para enfrentar las condiciones que le impone la sociedad mercantil. En la gestión de la inmediata supervivencia y bajo la dictadura del capital todo lo que se hace contra la ley de la propiedad privada y el Estado burgués es válido, legítimo y, sean o no conscientes los protagonistas, expresa la contraposición total e irreconciliable entre las necesidades humanas y la sociedad basada en la propiedad privada.

El problema surge cuando mecanismos de esta supervivencia, o la necesaria ocupación de medios de producción realizada por la lucha proletaria, se idealizan como si fuesen alternativas de cambio de la sociedad actual, como si se pudiese realizar un cambio social sin la necesaria ruptura revolucionaria.» (Revista Comunismo nro. 49, *Acerca de las luchas proletarias en Argentina, parte I*)

Podemos relacionarlo directamente con la profunda reivindicación que expresaba «¡Qué se vayan todos!». Una consigna de un considerable peso, más aún teniendo en cuenta la renuncia del presidente en aquel contexto quien tuvo que huir de la casa de gobierno en helicóptero ante la mirada de los manifestantes, así como la renuncia de los tres presidentes que lo sucedieron en el plazo de un mes. Se le pedía la renuncia a todos los políticos, desafiando en la calle el *toque de queda* declarado. Algunos argumentaban que los funcionarios desempeñaban mal su cargo, otros iban más lejos, como cuando un periodista preguntó: «¿y después que se vayan todos?», «¡qué se sigan yendo!» respondieron, esa consigna se hizo presente en muchas asambleas populares y fue asumida por muchas personas que no sabían con qué iban a reemplazar a los políticos pero sus necesidades los impulsaban a echarlos fuera.

Pero **de lo que se trata no es de reemplazar a los políticos porque obran erróneamente, del mismo modo que no es deseable sustituir a un patrón**. Todo este podrido sistema produce a sus sostenedores y garantes, los produce a la medida

11 A falta de empresas con una propuesta más progresista y populista, algunas personas deciden crear su propio proyecto de incomunicación. Las características autogestionistas se hacen patentes se produzcan dulces o noticias. Así como un monopolio mediático, el pequeño sitio web o periódico de corto alcance también produce sus noticias para posterior consumo. Allí sus integrantes no rompen con su rol asignado de periodistas, estudiantes de comunicación o informática, fotógrafos o activistas. Han aprendido muy bien, seguramente en la universidad, que solo se puede capitalizar lo domesticado, lo normalizado. Toda esta producción de contenidos es empaquetada y presentada para el consumidor ávido de noticias que no encuentra lo que busca en los grandes multimedios. Pero el Capital, bajo una fachada u otra ofrece una pésima satisfacción a cada falsa necesidad.

12 «(…) se irá dejando a un lado la producción de bienes inútiles y se mejorará la calidad de lo que sí se necesita ¿Quién produciría una comida repleta de químicos para sí y sus iguales, cuando se puede hacer una realmente nutritiva? (…) La finalidad de la revolución (incluso en la lucha por ella) no es el "control obrero" de la producción, porque la producción en tanto que producción de mercancías destinadas al intercambio, en tanto que producción de valor, siempre pero siempre dominará a los productores, aunque estos deseen lo contrario. La producción es indisociable de las decisiones "políticas", por lo tanto la práctica proletaria en tanto que totalidad se deshace de su chaleco de fuerza "económico" al producir, de su chaleco de fuerza "político" al decidir, así como de su chaleco de fuerza "militar" al tomar las armas.» Cuadernos de Negación nro. 4

13 A diferencia de España, en Argentina un *curro* es alguna manera de ganar dinero pero, justamente, sin trabajar o trabajando lo menos posible. Popularmente se le llama curro a una estafa.

de su descomposición. La única forma de librarnos de estos personajes de una vez y para siempre es destruyendo el sistema que los exige y los produce.

Quienes no llegaron a comprender o al menos intuir estas necesidades ineludibles, le creyeron al próximo candidato que apareció con un discurso más amable, se creyeron el cuento de que el trabajo que se inventaron no era una simple cuestión de subsistencia sino de identidad y orgullo, de verdadero trabajo frente al trabajo precario. Del mismo modo, otros volcaron sus energías hacia asambleas participativas impulsadas por el Estado para canalizar la desobediencia, sin comprender que lo importante no solamente es quién o quiénes deciden en una asamblea, sino qué se decide.

Si el Estado pudo recuperar las "asambleas populares" en "asambleas participativas", "presupuesto participativo", etc., es porque pasados los meses su contenido ya se había degradado a una reunión de vecinos que, solo en tanto vecinos, exponían sus quejas. Lo que hoy día significa reunirse por falta de semáforos o falta de policías. De la misma manera que una cantidad considerable de personas, previamente al estallido del 2001, defendían lo establecido; en otro momento se encontraban desafiando la autoridad, destruyendo un banco y expulsando un presidente. Reprimida la lucha social, mediante palo y discurso, "la gente" se reúne sin jefes para reclamar mano dura y cárcel para los ladrones de poca monta. Esto es una clara evidencia que los seres humanos no somos simplemente determinados por nuestra conciencia individual sino que somos, principalmente, las circunstancias que nos constituyen y constituimos.[14]

El ejemplo del 2001 en la región argentina nos enseña que no se trata de cambiar un patrón o un político por otro, ni siquiera se trata de que asumamos sus funciones colectiva y horizontalmente. Asumir esas tareas en mantenerse en el territorio del enemigo de clase. No es un sistema sano con representantes corruptos o inútiles, es simplemente un sistema que no merece más que su abolición.

14 Para ser más precisos queremos agregar que la conciencia individual no existe más que como concreción singular de circunstancias sociales, de un tejido social. Tanto la conciencia propia de este mundo burgués como la de su negación son expresiones sociales, de clases, de proyectos… Y las mismas se reflejan en conciencias singulares que se nutren de toda una serie de experiencias de esas circunstancias (tanto presentes como históricas) y que oscilan, se fortalecen en base a esas experiencias y circunstancias…

Carta al proletariado en Grecia

Aquí en Argentina se hizo pasar la lucha combativa por una mejor vida como lucha por el trabajo, sin patrón a la vista pero trabajo al fin. Así "salvamos la nación", así también demostramos una vez más —y no lo asumimos como clase— que la vida y el orden social vigente se llevan a las patadas.

Los pequeños emprendimientos productivos para sobrevivir subsumieron la sociabilidad combativa que habíamos generado, convirtiéndose en el sostén de la economía nacional en detrimento de toda posibilidad de superación revolucionaria. Ese autogestionismo fue puesto en marcha por personas sin empleo que no tenían otra forma de conseguir trabajo, así como por trabajadores que tenían que poner a andar el lugar de trabajo luego de la huida del patrón endeudado. En muchos barrios estos proyectos eran parte de una solidaridad de clase palpable, compartiendo en la calle, protestando y solucionando sus problemas sin pedir nada al gobierno. Luego muchos de estos emprendimientos se vieron forzados a solicitar subsidios al Estado para poder sobrevivir. Del mismo modo, pedir a "papá Estado" se volvió un motivo de lucha, que a veces precisa de cortes de rutas o calles e incluso enfrentamiento con la policía y otras acordar con las mafias sindicales, patronales, políticas o territoriales, cambiando la forma de la protesta pero no su contenido.

Sabemos que en varios países se insiste una y otra vez con el ejemplo argentino de la autogestión. Para nosotros el gran ejemplo argentino que se vendió al mundo es cómo se logró la canalización de las luchas hacia la producción y el progreso de la economía ¡haciéndolo pasar por lucha combativa! La lucha no debiese ser una herramienta para el uso de la burguesía con la cuál ésta pueda dar vueltas al engranaje y ajustar la máquina del progreso capitalista ¡La lucha en su sentido radical debe ser lo que ponga freno a ese progreso! ¡Es la destrucción del engranaje!

Esperamos que todo esto que les contamos pueda interesarles y de algún modo les sirva. Que sepan que estas propuestas han sido y son un verdadero freno a la furia y creatividad proletaria en los momentos de revueltas. Ahora, si se quiere uno acomodar a los mandatos de la normalidad capitalista, todas estas reflexiones que hemos puesto en común tienen poca importancia.

Los amigos de la negación. Diciembre de 2015.

El presente texto fue traducido al griego, francés e inglés. Sus diferentes versiones están disponibles en nuestro sitio web.

EL EJEMPLO ESPAÑOL

La experiencia del proletariado en la región española durante la década del 30 del siglo pasado, y puntualmente en los años 36 y 37, es una fuente de inspiración para quienes luchamos contra el Capital. Pero las experiencias históricas de nuestra clase deben ser reapropiadas críticamente, asumiendo sus virtudes y contagiándonos de su fervor revolucionario, así como también aprendiendo de los errores para no repetirlos. Para reformistas de todos los colores son, en cambio, fuente de justificación, del «habría que estar en esos momentos», de hacer de la derrota pasada una meta para el futuro.

Hubo una época en que la reforma se proponía como mitad de camino a la revolución, para luego en la práctica no solo no hacerla sino reprimirla. Con la excusa de la correlación de fuerzas se justifica una mitad de camino que en verdad es un destino trazado, donde justamente es imposible tomar fuerzas.

En nuestras críticas tampoco le exigimos a una época algo a lo que no podría haber llegado. En algunas ocasiones agrupaciones proletarias iban a contracorriente y ya planteaban en ese mismo momento lo que decimos ahora. Lo planteaban mediante palabras, pero también con las acciones. Es más, algunos dirigentes de la contrarrevolución, se han posicionado anteriormente por la revolución social a la que luego han reprimido.

Veamos el ejemplo de Diego Abad de Santillán, quien pasó de ser un ferviente crítico de la tecnología y la organización del trabajo capitalista para convertirse en un partidario entusiasta de las mismas. En 1931 escribía: «El industrialismo moderno, a lo Ford, es fascismo puro, despotismo legítimo. En las grandes fábricas racionalizadas el individuo no es nada, el aparato lo es todo. Y los que sentimos y amamos la libertad somos tan enemigos del fascismo estatal como del fascismo económico.» Y sin embargo dos años después ensalzaba «la taylorización que suprime los movimientos improductivos del individuo y eleva su productividad».

«No es necesario destruir la organización técnica alcanzada en la sociedad capitalista, sino que el hombre debe servirse de ella. Se suprime con la revolución la propiedad privada de la fábrica, pero si la fábrica ha de existir y, según nuestra opinión, perfeccionarse, hay que reconocer las condiciones de su perfeccionamiento. Por el hecho de pasar a ser propiedad social, no cambia esencia de la producción ni el método productivo. Cambia la distribución de producto, que se hace en lo sucesivo equitativamente.»[15]

Por tanto, es evidente como, desde antes de julio del 36, el proyecto anarcosindicalista era industrial y antihumano. **La ideología anarcosindicalista no se encontró en problemas en plena guerra sino que partió a la guerra para disputar el modo de gestionar la producción capitalista.**

«Hasta fecha reciente, los historiadores han insistido en el carácter antiestatista y el pensamiento politico del anarcosindicalismo, y en consecuencia han prestado escasa atención a sus doctrinas económicas. Pese a que muchos anarcosindicalistas deseaban abolir el Estado o reducir radicalmente sus funciones, no eran contrarios a la organización ni a la coordinación económicas. De hecho, eran partidarios de un sindicato fuerte como fundamento tanto de la revolución como de la sociedad futura. (…) **sería difícil hallar unos creyentes más fervientes**

15 Ambos párrafos de *El anarquismo y la revolución en España: escritos 1930–1938* citado por Michael Seidman en *Los obreros contra el trabajo*.

en el progreso y la producción que los anarcosindicalistas españoles, que criticaban a la burguesía por su incapacidad para desarrollar las fuerzas productivas.

Dado que glorificaban el carácter emancipador del trabajo, las formas dominantes del anarquismo y más tarde del anarcosindicalismo conducían no solo a aceptar la industrialización sino también a fomentarla activamente. En 1872, la conferencia regional de la Primera Internacional preguntó en Zaragoza: "¿Qué medio hay para poner a la mujer en condiciones de libertad? No hay otro más que el trabajo". En 1910, el congreso de fundación de la CNT volvió a abrazar de nuevo esta idea, que se convirtió en patrimonio común de muchos sectores de la izquierda, según la cual habría que emancipar a las mujeres a través del trabajo.» (Michael Seidman, Los obreros contra el trabajo)

La ideología anarcosindicalista así como toda ideología que no advierte un problema en la producción capitalista se concentra en su administración. Por eso mismo, estas tendencias no buscan la conquista del gobierno sino la conquista de las fábricas. De alguna manera, **han reconocido que el poder no se encuentra tan solo en los ministerios sino en la misma producción de mercancías y por ello proponían –y aún proponen— sus sindicatos no solo como medio de lucha sino como forma de organización futura de la sociedad emancipada, pero ¿emancipada de qué? Emancipada de una burguesía "parasitaria e improductiva" tildada de incapaz para desarrollar las fuerzas productivas**. Allí se entiende por qué tal rechazo al clero, los militares y burgueses ociosos, e incluso por qué los campos de trabajo forzados.[16]

«Los anarcosindicalistas españoles de los años treinta compartían en lo fundamental el punto de vista de lo que Moishe Postone ha calificado como "marxismo tradicional", a saber, una crítica del capitalismo "desde el punto de vista del trabajo" o, lo que es lo mismo, a partir de una óptica que consideraba las relaciones de producción basadas en la propiedad privada de los medios de producción y el mercado como los principales obstáculos al desarrollo de las fuerzas productivas y la "emancipación del trabajo". Así pues, según Postone, podría decirse que tanto el "marxismo tradicional" como el anarcosindicalismo reemplazaron la crítica del modo de producción hecha por Marx —una "crítica al trabajo en el capitalismo", es decir, a la totalidad identificada con el capital y constituida por el trabajo, por lo que ambos eran objetos centrales de la crítica— por un proyecto político de modificación de la distribución del producto social, y el corolario de dicha crítica, la autoabolición del proletariado, por una teoría de la "emancipación del trabajo" entendida como conquista del poder (político o social) por parte de la clase trabajadora y generalización a toda la sociedad de la condición obrera.» (Jorge Montero y Federico Corriente, *Sobre las vicisitudes de Los obreros contra el trabajo*)

La dificultad de proponer un balance histórico, y más aún en unas pocas páginas, se hace presente a la hora de cotejar las elaboraciones teóricas de diversos autores y las prácticas masivas y anónimas, dentro y fuera de las estructuras formales. Esta relación e impulso mutuo entre las diversas expresiones de lucha, necesita también **distinguir qué se hizo efectivamente de las declaraciones formales. No es lo mismo declarar el comunismo libertario que tomar medidas concretas contra el Capital y por el comunismo**. Una vez más, hay que recordar que lo importante no es tal o cual declaración ni la idea que un individuo o grupo se haga de sí, sino la realidad misma.

Por ejemplo, a diferencia de la historiografía libertaria (principalmente Frank Mintz, en *Autogestión y anarcosindicalismo en la España revolucionaria*), que anuncia con bombos y platillos que «en España se abolió el dinero», nosotros no podemos ser tan ilusos. En todo caso, si se refieren a que en algunas regiones se intentó abolir los signos monetarios, allí podremos discutir cuál fue el alcance real de aquello. Efectivamente en algunos poblados esto se intentó, pero en la gran mayoría no se pudo ir más allá de la utilización de bonos que representaban el tiempo trabajado. No es nuestra intención desmerecer las experiencias en este sentido, pero es indudable reconocer que debemos ir más allá y atacar al valor y al dinero en su núcleo mismo, y no en algunas de sus manifestaciones. Más allá del rechazo visceral al dinero que existía entre el proletariado español en lucha que aún nos sorprende, hay que tener en cuenta que toda situación de guerra trastoca notablemente a una economía regional. Durante esos años hubo en España casos de alta inflación, escasez de papel moneda y otras situaciones problemáticas para el regular desarrollo capitalista.[17]

Pero lo que nos interesa aquí no es repasar una vez más los aspectos generales de esta enorme confrontación entre revolución y contrarrevolución (que a la vez han sido tratadas exhaustivamente en numerosos materiales),[18] sino problematizar en estas iniciativas de colectivización de las tierras y socialización de la producción. Esta transformación a gran escala, olvidada

16 En diciembre de 1936, Juan García Oliver, en tanto que ministro de Justicia, inauguró el primer campo de trabajo en Totana (Murcia), en cuya entrada se podía leer: «Trabaja y no pierdas la esperanza.» Seidman señala que los campos de trabajo fueron una manifestación extrema pero lógica del anarcosindicalismo español. Los anarcosindicalistas concedían un gran valor moral al trabajo; la burguesía, los militares y el clero eran inmorales precisamente porque no producían. Por lo tanto, la reforma penal suponía obligar a estas clases a trabajar, liberarlas de sus pecados mediante el trabajo.

17 Ha ocurrido muchas veces que las limitaciones en el uso de papel moneda no responde tanto a la necesidad de supresión del dinero en términos revolucionarios sino a problemas de circulación y devaluación del papel moneda en contextos particulares como también lo fue el de la Argentina en 2002, donde funcionaron numerosos "clubes de trueque".

18 En este sentido recomendamos la revista *Comunismo* nro. 66 *Revolución y contrarrevolución en la región española*, así como los aportes de compañeros como Agustín Guillamón y Miguel Amorós. Para este apartado en particular consultamos *Self management and the Spanish Revolution*, del grupo estadounidense PointBlank, disponible en el sitio libcom.org (no hay traducción al castellano).

sistemáticamente tanto por historiadores liberales y leninistas, y distorsionada y convertida en baluarte por la corriente libertaria[19] como uno de sus *grandes momentos*, permanece todavía en gran parte incomprendida, a la espera de retomar su balance bajo el enfoque de la crítica de la economía, y con la pasión de los que necesitamos tomar de estas experiencias la pulsión por cambiar este mundo de raíz.

El relato libertario oficial establece que mientras los marxistas querían consignar todo hacia manos del Estado, eran los anarquistas organizados en la CNT–FAI los que proponían que la colectivización fuera llevada a cabo por los trabajadores mismos en campos, fábricas y talleres. La realidad no fue tan esquemática, y en la práctica cuesta ver la diferencia entre la política emprendida por los anarcosindicalistas y el resto de las fuerzas republicanas.

El caso de Cataluña es de los más estudiados por su dimensión social, y allí podemos observar cómo las experiencias de socialización de la producción en ruptura con la gestión capitalista se dieron en tensión con la ideología anarcosindicalista y la dirigencia cenetista, en oposición a las decisiones del gobierno catalán en el que la CNT colaboró desde un comienzo.

Los siguientes extractos del *Decreto sobre Colectivizaciones* del 24 de octubre de 1936, expresan bien esa situación, así como las disposiciones que se llevaron adelante:

«Después del 19 de julio la burguesía declaradamente fascista desertó de sus puestos. La mayoría ha huido al extranjero, y una minoría ha desaparecido. Las empresas industriales afectadas no podían quedarse sin dirección, y los trabajadores [se] decidieron a intervenirlas y crearon Comités Obreros de Control. El Consell de la Generalitat tuvo que sancionar y procurar encarrilar lo que espontáneamente realizaban los obreros en las empresas. (…)

Pero la colectivización de las empresas significaría poca cosa si no se contribuyese a su desarrollo y crecimiento. A estos efectos se ha encargado al Consejo de Economía[20] el estudio de las normas básicas para ir a la constitución de una Caja de Crédito Industrial que proporcione la ayuda financiera a las empresas colectivizadas y que agrupe nuestra industria en grandes concentraciones, que aseguren un máximo de rendimiento y que posibiliten las mayores transacciones a nuestro comercio exterior. (…)

Serán adaptados al servicio de la empresa colectivizada los antiguos propietarios o gerentes. (…)

En las empresas donde haya intereses de súbditos extranjeros (…) se convocará a todos los elementos interesados (…) para tratar el asunto y resolver lo que corresponda para la debida salvaguardia de aquellos intereses. (…)

La gestión directiva de las empresas colectivizadas correrá a cargo de un Consejo de Empresa nombrado por los trabajadores en Asamblea General».[21]

Como suele suceder, los decretos de estos gobiernos "transicionales" solo vienen a regular y controlar lo que el proletariado ya ha realizado desobedeciendo a sus órdenes. Si bien históricamente se han presentado como las fuerzas que guiarían al proletariado desde la reforma hacia la revolución, en realidad han sido los que se han encargado de llevar la ruptura revolucionaria hacia el terreno de la reforma.

La revolución en España fue una lucha internacional, no solo por el hecho de que los combatientes viajaban de todas partes del mundo, sino porque su mismísima existencia era una expresión de la oposición humana al Capital mundial, y a contracorriente del momento contrarrevolucionario que se vivía internacionalmente. El internacionalismo puede expresarse de muchas formas: con solidaridad y organización que supera las fronteras, así como enfrentando a la burguesía local y extranjera que actúa en cada región sin buscar apoyos o alianzas de ningún tipo. **Un punto fundamental de ruptura con la gestión capitalista en los contextos revolucionarios es la no participación en el mercado mundial así como la expropiación generalizada de todas las propiedades, tierras, industrias, sin tener reparos en la nacionalidad o sector de la burguesía al que pertenezcan.** Es un mensaje dirigido a los proletarios del mundo contra todos los explotadores del mundo.

En este sentido, ciertas iniciativas de colectivización rural en los campos de Aragón, desoyendo a los mandos militares, rechazaron comercializar su producto en el extranjero. A diferencia del discurso antifascista y frentepopulista, que buscaba una gestión de la economía de guerra y poder obtener apoyo y armamento de las potencias democráticas,[22] muchas de las colectivizaciones intentaron ejercer directamente la repartición de los alimentos por necesidad entre pobladores y combatientes de las milicias. Incluso, en algunos poblados, la producción y las posesiones se redistribuyeron bajo una forma de total gratuidad, teniendo solo como sistema de control la existencia de anotadores en donde cada uno marcaba lo que retiraba y con qué fin (con el objetivo principal de tener constancia de donde estaban las herramientas de uso común). He ahí uno de los grandes saltos de nuestra clase en ese período, trascender la mera *forma* de producir, ir más allá de la *inexistencia* de una figura burocrática o patronal, y trastocar el uso mismo de lo producido. Producir para la revolución, no para el mercado. Esta acción fue necesariamente colectiva, pero no es ese su mayor logro, sino que su importancia radica en el hecho de romper el hechizo del fetiche mercantil sobre la vida humana, volviendo a poner el producto del esfuerzo humano en torno a la satisfacción de las necesidades.

19 Existe también otra corriente que atribuye la profundidad de las experiencias autogestivas en España a la amplia difusión del movimiento cooperativista durante la década del 20 y el 30 en Cataluña.

20 El Consejo de Economía de la Generalitat estaba formado por Diego Abad de Santillán (FAI), Juan P. Fábregas (CNT), Estanislao Ruiz Ponseti (PSUC), Andrés Nin (POUM), entre otros militantes de la UGT y de Esquerra Republicana.

21 Extraído de *La obra constructiva de la Revolución española*, G. Leval, A. Souchy y B. Cano Ruiz.

22 Esta negativa fue el principal motivador de la represión por parte del Frente Popular a esas experiencias.

Contra todas las hordas de teóricos socialdemócratas que afirmaban que los campesinos eran esencialmente reaccionarios, y que señalan de manera despectiva que en España había mayoría de anarquistas porque era un pueblo bruto y atrasado, los trabajadores rurales de la región española respondieron con una ferviente voluntad revolucionaria en la lucha por la anarquía.

Volviendo al entorno urbano, es destacable la experiencia de los comités[23] de abasto (cuya principal tarea era la distribución de víveres en los barrios proletarios). Muchos de ellos, funcionando con amplia autonomía de la estructura sindical, formaron grupos de saqueadores durante las primeras jornadas de julio, atacando propiedades de burgueses y repartiendo socialmente las posesiones de los explotadores, sus alimentos, sus frazadas y vestimentas, y resguardando el armamento expropiado para las milicias que combatían en el frente. Estas iniciativas fueron tempranamente condenadas por la cúpula cenetista, que ya desde los primeros días de la guerra buscaba limitar a los *incontrolados*, y se esforzaba por resguardar su lugar en la mesa chica de la gestión estatal.

Por su parte, el alcance revolucionario de las experiencias de tomas de fábricas fue mucho más limitado. Allí, el férreo control de los *managers* sindicales truncó toda iniciativa que atacara los cimientos de la producción mercantil. En general, la socialización tal cual era comprendida por el sector reformista más extremo (la CNT) no pasaba de ser una integración vertical[24] y una contabilidad orientada a que el plusvalor fuera dispuesto en el esfuerzo de guerra (civil, y no revolucionaria). Si bien en la ciudad hubo diversas expresiones llamativas como la negativa de los gastronómicos a continuar recibiendo propinas en los bares y en los comedores autogestionados que funcionaban en lo que habían sido los hoteles de la burguesía, en la producción y circulación en general no se pudieron expresar avances materiales significativos contra el dinero, el valor y el trabajo asalariado. Ante esta situación, no fueron pocos los casos en que los obreros se negaron sistemáticamente a seguir trabajando. El absentismo (sin aviso, por parte de enfermo, o con excusas diversas) fue rampante durante toda la década del 30, y ni siquiera los llamados al *esfuerzo de guerra* lograron paliar esta situación.[25] La respuesta a esto la dio la burocracia cenetista y ugetista, que dispusieron auténticas compañías de control de los procesos de trabajo, controlando la vagancia y el desánimo en el piso de planta, como también yendo a las casas de los obreros a cerciorarse de su parte de enfermo.

Es necesario despegarnos de ciertos formalismos que identifican el accionar de todo el proletariado con el de algunas organizaciones y sus programas, como en el caso de la CNT con su frentepopulismo colaboracionista y su industrialismo. Así como también despegarnos de aquellos análisis que solo ven resistencia y lucha, por ejemplo, contra el trabajo, cuando esas consignas son pintadas en las paredes, escritas en panfletos y teorizadas en libros, como sucedió a partir de la década del 60. Desde su origen mismo, el trabajo ha suscitado resistencias y fuertes oposiciones, con una conciencia más o menos clara de ello. Claro que existen contextos de una marcada integración del proletariado al Capital, y otros donde esta integración estalla y es más fuertemente cuestionado el trabajo y la propia existencia como clase. Lo que nos preocupan son las simplificaciones etapistas acerca de los diferentes momentos históricos, que muchas veces terminan incluso en una visión progresista y apologética de ciertos momentos del desarrollo capitalista del pasado. Investigaciones como la de Michael Seidman, en *Los obreros contra el trabajo: Barcelona y París bajo el Frente Popular* son fuertemente criticadas por analizar hechos de un momento histórico con, supuestamente, anteojeras de otro, porque se identifica el rechazo al trabajo con las luchas de los 60 en adelante. Así, expresiones del proletariado contra el trabajo y experiencias concretas de lucha del pasado son desmerecidas por lo tendencioso de ciertos análisis y autores en lugar de ser asumidas, profundizadas y reapropiadas en el presente.

La CNT, esa estructura que durante varios años había discutido el carácter de la burguesía española como "ineficiente", y problematizado (como en el famoso folleto de Isaac Puente, *El comunismo libertario*) acerca de cómo desarrollar la economía nacional, no defraudó nunca en su rol de gestora y controladora del trabajo y la fuerza de trabajo. El 1° de mayo de 1937, junto con las otras fuerzas republicanas, La Generalidad declaró laborable la jornada, resolviendo así dos necesidades burguesas: producir para la guerra y evitar la movilización de los proletarios en un clima de tensión absoluto. Esa determinación, junto con la toma por parte del gobierno catalán del edificio de la Telefónica, bastión de la CNT (que pactó su entrega), desencadenó la última tentativa revolucionaria en la España de los 30, en-

23 «En el siglo XX estallaron la revolución rusa, protagonizada por los *soviets*, la revolución alemana, caracterizada por los *räters* (consejos) y la revolución española, identificada con los *comités*» escribe Agustín Guillamón, editor de la revista *Balance* y de varios libros es una referencia ineludible en cuanto la actuación de los comités.

24 Se denomina integración vertical a la estrategia en la que ciertas compañías adquieren las empresas de las que obtienen sus insumos, e incluso las que distribuyen y comercializan sus productos. Tiene el objetivo de una reducción de costos, además de que proporciona un mayor control logístico del proceso de producción.

Se generaliza con la emergencia de la producción petrolera hacia fines del siglo XIX y es una característica del capitalismo de la denominada era monopolista. La integración vertical suele ser uno de los prerrequisitos para la monopolización del mercado por parte de una compañía (o también de un cártel). Para esto, la compañía también tenderá a realizar una integración horizontal (adquirir o fusionarse con alguna otra ubicada en la misma situación dentro de su sector)

La socialdemocracia (marxista o no) solía considerar que la tendencia a la centralización del Capital y el proceso de integración vertical monopolista resultaba en un proceso de socialización y que mediante la acción parlamentaria la clase obrera podía comenzar a asumir un control de una producción industrial que ya poseía elementos socialistas. Si bien el sindicalismo industrial (como el de la CNT) muchas veces difería en torno a la acción parlamentaria, no parecería haber habido diferencias en torno a esta consideración del capitalismo monopolista como una fuerza histórica progresiva que facilitaría el pasaje de los medios de producción a manos de los trabajadores.

25 Ver *Los obreros contra el trabajo* de Michael Seidman.

frentando al Frente Popular y a la propia CNT, con barricadas en toda Barcelona durante varios días.[26]

«¿Qué problema es necesario discutir? Problemas políticos, militares, y económicos. No es posible separarlos: en una palabra, problemas revolucionarios. Las decisiones que se tomaron en el plano de la organización militar están relacionadas con las decisiones tomadas en el plano de la colaboración política con el gobierno. Desde esta perspectiva la resistencia de la base en el plano de la construcción económica de la nueva sociedad, no podía dejar de estar destinada al fracaso.» (Alfredo M. Bonanno, *Autogestión*)

Karl Korsch en 1939 señalaba que «por primera vez, y desde los intentos de establecer el socialismo en Rusia, Hungría y Alemania luego de la Primera Guerra Mundial, la lucha revolucionaria de los obreros españoles demuestra una nueva forma de transformación de formas capitalistas a colectivas de producción, que, más allá de su naturaleza incompleta, fue llevada a cabo de una forma impresionante». Los proletarios en España fueron sin duda más allá, pero además de enfrentarse a los partidos estrictamente burocráticos y estatalistas de siempre, la fraseología federalista, horizontal y libertaria operó como gran disuasoria de la potencia de los comités, que en su práctica —y a pesar muchas veces de haber sido gestados al interior del sindicato anarquista— superaron numerosas veces las restricciones del programa socialdemócrata y anarcosindicalista.

Pero sabemos que, como en otras regiones, no basta con adoptar una forma específica. Bien podría haber habido comités no asociados a la CNT con la misma práctica y perspectiva gestionista. Los consejos no son órganos puros que cuando sucumben se debe a un enemigo externo y monstruoso, como un Noske, un Trotsky o un Lister. Son estructuras cuyo contenido depende de su desarrollo teórico/práctico. La falta de experiencias previas y de desarrollos teóricos acerca de la crítica de la economía fueron también elementos que hicieron mella en la derrota del proletariado en España.

El ejemplo español muestra claramente como la forma que adopta un movimiento, o incluso lo que dice de sí, no son garantía de estar ante un proyecto revolucionario. Si nos preocupamos de estudiar e interiorizarnos en este proceso histórico es porque lo que fue muy difícil y adverso de realizar en España, es hoy la precondición de cualquier insurrección proletaria que pretenda que la revolución triunfe. Para esto será necesario acabar con el trabajo, el dinero, el valor, el Estado y todas las barreras que impone la sociedad capitalista a la emancipación humana.

26 Acerca de los sucesos de mayo del 37 recomendamos la revista *Reapropiación* nro. 1, luego reeditada y ampliada en el libro *Mayo de 1937. La barricada de la revolución (Selección de textos sobre las jornadas de mayo de 1937 en Barcelona)*, Reapropiación ediciones.

Perla del autogestionismo libertario

Bajo el subtítulo *La ley del valor en el socialismo*, Abraham Guillén en su libro *Economía autogestionaria. Las bases del desarrollo económico de la sociedad libertaria* afirma:

«El socialismo libertario no tiene necesidad de planificación centralizada, sino de un socialismo de mercado, de la competencia entre grupos colectivos de trabajo, de la democracia directa en las empresas por medio de los consejos autogestores de obreros, técnicos y administrativos, que nombran al director de la fábrica y lo revocan; tienen el control de su empresa; son dueños colectivos de repartir e invertir su excedente económico; deben aportar o invertir una buena parte del mismo para realizar la reproducción ampliada del capital social (comunitario, no estatal). El socialismo sólo será con libertad o de autogestión; pues, de lo contrario, será capitalismo de Estado, donde de la burocracia sustituirá a la burguesía como nueva clase opresora y explotadora.»

Abraham Guillén (1913–1993) fue un militante y teórico del anarquismo, cooperativismo y autogestionismo. Combatió en la región española en los 30 y fue miembro de toda la vida de la CNT. En 1940 se exilió en Latinoamérica, Licenciado en Ciencias Económicas, profesor de economía política (director de investigación económica en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires), periodista en varios países, asesor económico de la Universidad del Trabajo en Uruguay, entre otros méritos de esta sociedad. «Muy pocos saben de la influencia política–ideológica de Abraham Guillén, quien además de poseer una increíble obra editorial, realizó la acción concreta que lo transforma en el mentor de la guerra de guerrillas en América Latina.» escriben en el sitio web elortiba.org donde lo elogian como "anarco–peronista" (sic) y comentan sus plasmaciones prácticas en Tupamaros, Uturuncos y Montoneros.

Exponemos brevemente algunos datos de la historia de este autor para ejemplificar de donde vienen ¡y hasta donde pueden llegar! las reivindicaciones autogestionistas, aunque se reclamen del movimiento anarquista.

CONTRA LA GESTIÓN DE LO EXISTENTE

> «Cualquier definición económica del comunismo permanece dentro del ámbito de la economía, es decir, de la separación del tiempo y el espacio productivo del resto de la vida. El comunismo no se basa en la satisfacción de las necesidades tal como existen ahora o incluso como podríamos imaginarlas en el futuro. Es un mundo en el que las personas establecen relaciones y se involucran en actos que les permiten alimentarse, cuidarse, alojarse y enseñarse… a sí mismos. El comunismo no es una organización social. Es una actividad. Es una comunidad humana.» (Gillés Dauvé, *En este mundo pero no de este mundo*)

Bajo la dominación capitalista la comunidad del dinero se impone a los seres humanos y no permite ninguna otra comunidad a su lado, sino a sí misma tras distintas y variadas fachadas: la familia, la patria, la escuela, el sindicato, el partido, el club deportivo, el ghetto cultural y tantas otras variantes que son algo más que meras instituciones o gustos personales. Estas son refugios donde puñados de seres humanos vamos de uno en uno sin poder encontrar una comunidad verdaderamente humana.

Desde el nazismo a los templos evangélicos, desde las reuniones de *tupperware* a cualquier concierto de algún subgénero del rock subyace una promesa: comunidad. Pero el Capital solo puede brindar falsificaciones, su método es tomar una necesidad humana real y ofrecer una falsificación de su satisfacción. Las cooperativas y los proyectos autogestivos forman parte de estas pretendidas comunidades. Funcionando como comunidades al interior del Capital con sus propias características, falsifican no solo la noción abstracta de comunidad, sino la posibilidad de reproducir la vida en común entre los seres humanos, **destruyendo la posibilidad de subvertir las relaciones dominantes de producción**.

Para notar esto no es necesario ser erudito en categorías económicas, basta con la sensibilidad antieconómica a la que nos empuja la mismísima economía.

Caminando a través de una feria autogestiva y/o cooperativa con el simple, aunque olvidado, rechazo visceral hacia el mercado lo que aquí explicamos se hace evidente: aunque en algunos casos exista el deseo de crear un mundo supuestamente diferente al ya existente, los participantes solo se relacionan a través del intercambio. Cada uno de ellos se presenta como un productor o un consumidor. **Se impone el lenguaje del dinero, cada gesto está en intimidad con la compra y la venta, cada vendedor es un publicitario de sí mismo, de la mercancía y por lo tanto de un sí mismo reducido a mercancía**. Y peor aún, todo este evento mercantil es percibido como algo distinto, como moralmente superior a un supermercado o un shopping. Pero solo hay una diferencia cuantitativa y no cualitativa respecto a la función social de todo aquello. Allí uno se encuentra subyugado por la comunidad del dinero como en cualquier parte o incluso más que en otras que no se pretenden emancipadoras como estos pequeños mercados de objetos e ideología.

Hoy los defensores del capitalismo llaman *economía social* a un sector que estaría, pretendidamente, entre el sector privado y el sector público. Un sector que se supone estaría a salvo de la

codicia de los capitalistas e incluso de los designios del capital mundial.

Una comunidad verdaderamente humana deberá hacerse cargo de satisfacer sus necesidades y deseos, sin embargo, mediante proyectos al interior del Capital se satisfacen necesidades y deseos determinados ni más ni menos que por el Capital. Nuestra necesidad de goce, comida, comunicación, abrigo, afecto es convertida en el combustible de esta usina de valor que es la sociedad capitalista. Esas mismas necesidades solo pueden ser gestionadas donde reina la separación entre decisión y acción, entre lo que está y lo que se emplea, en el modo capitalista de producción. La noción de gestión en tanto administración económica es reciente, no se trata de una cuestión transhistórica.

Discutir en términos de *autogestión*, por ejemplo, el estudio de las áreas comunales en la Europa de la bisagra entre el capitalismo y sus formas predecesoras, las prácticas de organización que llevaron adelante numerosos explotados en dicho continente durante este período sería un grave error.[27] Si bien no dudamos que, en un sentido estricto, esas poblaciones determinaban con un amplio grado de autonomía el empleo y evolución de bosques, humedales y otras áreas comunes, no consideramos que la extrapolación del término *autogestión*, gestado en un contexto urbano durante el siglo XX, sea de utilidad al momento de comprender esta realidad más lejana. Es más, confunde, y parecería constituir una linea histórica continua —que realmente no existe— entre esas prácticas de subsistencia y otras contemporáneas como la problemática de los cuidados, la vivienda social y tantas otras.[28]

Autogestión y democracia

Extractos del libro *Más allá de la democracia* (Gillés Dauvé y Karl Nesic)

Nuestra falta de control sobre nuestras condiciones de existencia (y, en primer lugar, sobre la producción material de esas condiciones) resulta en la pérdida del control sobre la dirección de la vida del grupo y de nuestra vida personal. El problema no es encontrar la manera de decidir en común sobre lo que hacemos, sino hacer aquello que puede resultar de decisiones comunes, y dejar de hacer lo que no puede más que escapar del control de quienes lo hacen. Las fábricas Peugeot, una planta nuclear, la BBC, un banco, una compañía de seguros, nunca serán gestionados por el personal y/o los usuarios. **La autoadministración sirve para lo que es susceptible de ser autoadministrado.**

(…) La burguesía es la clase de la forma: que la democracia sea una forma incapaz de modificar su propio contenido no es un problema para el burgués, puesto que el contenido de la sociedad le conviene. Los proletarios, por su parte, no están adosados a nada firme en este mundo: ni a la economía, ni a las fuerzas productivas, ni a un progreso cuyo estandarte deberían portar; nada salvo la solidaridad producida por su condición común y por sus luchas. El contenido de sus acciones (la asociación, la ruptura con el mercantilismo y la mercantilización de sí mismo y de todo) necesita formas, pero se autodestruye cuando convierte esas formas en objetivos y hace de la organización, incluso de la autonomía, una prioridad.

Todo sería más fácil si el proletario fuera un demócrata solo cuando va a votar. El problema es que lo es también y sobre todo cuando intenta emanciparse a través de un sistema de gestión, privilegiando la creación de instituciones (no importa cuán innovadoras) verdaderamente democráticas, como si se llenara por fin de contenido los ideales de la revolución burguesa. La práctica democrática no es la causa de las derrotas de los proletarios; es la debilidad de la acción revolucionaria lo que les obliga a aceptar lo esencial de esta sociedad, y por tanto también los usos democráticos.

(…) la democracia, no en el antiguo sentido griego, sino en el sentido de la competencia política es la forma ideal de capitalismo. (…) **El capitalismo es un enfrentamiento entre iguales jurídicos que se saben desiguales pero se tratan en pie de igualdad**, ya sea en un contrato de trabajo, en un comercio o en una asamblea elegida. Igual que el valor de una mercancía se fija por la interacción de las fuerzas de la producción y el intercambio en el espacio del mercado, y no por la decisión de una autoridad.

---

27 Recomendamos sobre este tema un bloque de 3 monográficos titulados *Comunales* del programa de radio *La linterna de Diógenes*, ya recomendado anteriormente en nuestro nro. 10.

28 El gérmen de esta confusión creemos que se origina en la corriente denominada *Commons Theory* o *Teoría de los comunes*, que en las últimas décadas goza de cierta popularidad en el ámbito de estudios sobre la historia social. Entre los principales exponentes de esta corriente hay conocidos autores como David Harvey, Silvia Federici, y Raul Zibechi, así como el grupo y publicación inglesa *The Commoner*, o la mexicana *El Apantle, Revista de estudios comunitarios*.

Los *commons* son, según la economía política, aquellos "recursos" naturales y culturales comunes a los miembros de una población. No serían bienes estrictamente apropiados de forma privada sino que su destino se determina colectivamente, mediante una estructura comunal, estatal o mixta. Históricamente, estos han sido estudiados por la ciencia económica bajo la forma de la denominada *tragedia de los comunes*. La cual atribuyendo a los miembros de la sociedad un uso excesivo de los recursos que acabarían por destruir, justifica la existencia del Estado regulador.

A esta visión, y con posiciones similares a la de un John Holloway o el autonomismo en su acepción más alternativista, los teóricos de los commons plantean que estos deben ser concebidos y gestionados por las comunidades, intentando escapar al control y dominación estatal. Es por esto que las grandes referencias de estos grupos son las formas de trabajo colectivo que se dieron en la Europa medieval y que subsisten aún en muchas comunidades indígenas y campesinas en la región latinoamericana.

Huida y autogestión

«En un mundo unificado no es posible exiliarse» (Guy Debord, *Panegírico*)

Compartimos una sensibilidad común con quienes se agitan contra el orden existente y por tanto propugnan una imprecisa fuga. Pero **en el espacio del Capital no hay secesión posible, lamentablemente no hay espacio geográfico donde desertar**. Nadie se ha perdido en el camino porque no hay destino donde llegar, nadie pudo ni podrá salir del orden existente alejándose de los horribles edificios y el duro asfalto.

Hace algunos años un *Llamamiento* invitó a «establecer aquí y ahora un conjunto de focos de deserción, de polos de secesión, de puntos de reunión. Para los que se fugan. Para los que parten. Un conjunto de lugares donde sustraerse al imperio de una civilización que camina hacia el precipicio.»*

La lucha contra el Capital no puede sustraerse a una cantidad de problemas logísticos inspirados en las pretensiones voluntaristas e inmediatistas de un puñado de compañeros, que a la postre se verán decepcionados por no haber podido "vivir el comunismo" ¡en pleno capitalismo! **Debemos asumir estos fracasos como fracasos propios del idealismo voluntarista e inmediatista y no como fracasos de la lucha contra el Capital, del movimiento que destruye las condiciones existentes.**

* *Appel* (*Llamamiento*) es un libro publicado en 2003 por el mismo grupo que unos años antes había hecho la revista Tiqqun, y que más tarde aparecería firmando otros textos bajo el nombre Comité invisible.

Podrá parecer que hay un ensañamiento excesivo con esta propuesta del Cómite Invisible y afines, pues no. Como en tantas ocasiones intentar dialogar con una propuesta ya acabada es un ejercicio que incluye no solo a los autores en cuestión sino a quienes puede encontrarse un denominador común, incluso aunque desconozcan a los autores señalados.

La sociedad plenamente autogestionada será quizás la última promesa que estaremos obligados a desechar el proletariado en un estadío avanzado en la lucha para dejar de serlo. Se nos presentará como la salida al Capital solo para poder conservarlo, se nos presentará como comunidad para alejarnos de ella. Por lo tanto, es en la misma práctica social de la lucha que deberemos escoger entre autogestión de lo existente o comunismo, entre una sociabilización a través de la mercancía o comunidad humana.

Tras la coartada de un supuesto realismo y la exigencia de "propuestas concretas" se esconde un chantaje ideológico: la justificación para defender el orden existente. Del mismo modo que se trafica el conformismo en nombre del antisectarismo y el antidogmatismo. Lo real y concreto es la necesidad de acabar de una vez y para siempre con el capitalismo, sin sectarismo ni dogmas ni con sus falsas contestaciones. Nuestra lucha no es sectaria sino social y surge no de un dogma o un conjunto de principios detallados en una plataforma sino de estas condiciones materiales de existencia y la necesidad de suprimirlas.

En cada discurso conformista subyace una necesidad de garantías que expresa brillante, aunque tímidamente, la incapacidad de pensar más allá de lo existente. Ese más allá no es irreal, surge de este mismo mundo, de sus contradicciones, de la acción social revolucionaria. El reformista y conformista de hoy llamaría sectario y utópico a quienes en el pasado lucharon por lo que él hoy mismo defiende y supone eterno. El conformista ignora la historia. **El conformista no reconoce fronteras entre su compromiso político y la forma que tiene de ganar dinero, es impotente para comprender que lo que suele expresarse discursivamente surge de razones materiales concretas. Piensa y actúa de acuerdo a sus propias razones comerciales**. Es por esto que decimos que los autogestionistas y cooperativistas defienden el orden existente y se oponen a la realización de la comunidad humana cuando ponen su comercio por delante.

¡Comunidad!

Son motivos precisamente materiales por los cuales podemos decir que **la vida social se vuelve abstracta y que, por tanto, de cierta manera somos abstraídos de vida social**. Decíamos anteriormente que las unidades económicas de producción aisladas e independientes forman una sociedad sólo por el intercambio. No estamos haciendo un reproche moral para luego proponer sustituir un pensamiento por otro aparentemente más justo. No se trata del producto del pensamiento de los seres humanos sino de sus actos. Esta "abstracción real" es la subordinación del contenido concreto a la forma abstracta.[29]

Gracias a esta abstracción podemos comparar sin objeciones lo que es diferente: entre seres humanos, entre objetos, entre situaciones y entre unos y otros. El problema no es que una persona valga menos que un objeto o que para una empresa de alimentos nuestra salud valga menos que una restricción a

En la práctica, las más de las veces no se realiza una crítica al Estado, ni se plantea su superación, sino simplemente una forma alternativa de sociabilidad, que en determinadas circunstancias puede valerse del Estado para llevar a cabo sus objetivos. De forma similar, es común leer en estos autores llamados hacia la *apropiación de la plusvalía*, ya sea en el estricto marco de la producción (bajo proyectos productivos cooperativos) o en un sentido más amplio de distribución —economía solidaria, nuevos sistemas monetarios o incluso campañas como la famosa *Salario por el trabajo doméstico*—. Como dejamos en claro en el anterior número de Cuadernos y también a lo largo de este, el objetivo central de la revolución es la eliminación del fenómeno del valor, y no una supuesta redistribución más justa.

29 Ver *El trabajo abstracto y el valor como abstracción real* en Cuadernos de Negación nro. 11

sus ingredientes. El problema es que esto pueda ser comparado con el mismo parámetro y nos resulte lo más natural del mundo. Este parámetro es cuantitativo y abstracto, es el dinero. Es el mismo dinero que aparece en un intercambio o trueque entre personas que suponen rechazarlo. ¿Si no es gracias a este equivalente general como podrían definir cuantos X equivalen a tantos Y?

«El intercambio de sus productos —en el sentido más amplio, en cuanto división de los trabajos y circulación de sus resultados— es lo que liga a los hombres y lo que constituye su sociabilidad. Allí donde este intercambio no está mediatizado por la actividad social consciente, sino por el automovimiento del valor, es necesario hablar de una alienación del vínculo social. El valor mismo, en la forma visible del dinero, se ha convertido en una forma social de organización: sus leyes se han transformado en las leyes de la mediación social. Es lo contrario de todo control consciente: "El dinero mismo es la comunidad, y no puede soportar otra superior a él" (Marx, *Grundrisse*). (…)

Si el dinero mismo se convierte en una comunidad, no se trata de una comunidad orgánica o de una universalidad concreta, sino de una universalidad exterior y abstracta que borra las cualidades concretas de sus miembros: "El dinero es inmediatamente la comunidad real, en cuanto es la sustancia universal de la existencia para todos, y al mismo tiempo el producto social de todos. Pero en el dinero, como ya vimos, la comunidad es para el individuo una mera abstracción, una mera cosa externa, accidental, y al mismo tiempo un simple medio para su satisfacción como individuo aislado" (Marx, Grundrisse). Esta "cosa externa, accidental" no tiene relación con las cualidades individuales de su propietario, sino que es simplemente un objeto de compra y venta. Podemos decir, pues, de todo individuo que "su poder social, así como su nexo con la sociedad, lo lleva consigo en el bolsillo", esto es, como dinero.» (Anselm Jappe, *Las aventuras de la mercancía*)

En estas condiciones es muy difícil dimensionar la posibilidad de una comunidad humana que no sea la del dinero. Desde el momento en que se acepta, conciente o inconcientemente, la permanencia de la disolución de la comunidad y se rechaza la necesidad de su búsqueda se plantea el problema de cómo y cuánto va a progresar el Capital. Es decir, ya no se trata de cómo destruir el capitalismo sino de cómo gestionarlo, administrarlo y desarrollarlo, inclusive en nombre de lo contrario.

Para nuestro tiempo, la superación del capitalismo es un aspecto indisociable de la realización de la comunidad humana (*gemeinwesen*). Una comunidad práctica que no busca oponerse y sacrificar al ser particular en nombre de una abstracción superior, llámese patria, sociedad, humanidad e incluso en nombre de una supuesta comunidad.

Tal como expresó Jaques Camatte «la unidad elemental (atrozmente llamada individuo) no es más que singular, estamos siempre infectados por la oposición metafísica binaria singular–universal. El comunismo —que no es una sociedad— se caracteriza por la destrucción de esta biporalidad».

Emanciparnos como comunidad y como singularidad es una lucha indivisible. **La reducción del comunismo a una "comunidad" donde la sociedad estaría emancipada, pero en la que el ser humano singular no viva más que para ella no es un error teórico, es una imposibilidad práctica**. Es una visión del "comunismo" cuartelero, de la "anarquía" del campo de trabajo forzado.

Indivisible es también la absoluta privación a los seres humanos que engendra el Capital constituyéndose en una comunidad material, aunque ficticia. Las clases no pueden desarrollarse más que con la destrucción de la comunidad. Cuando expresamos la necesidad de destruir el Capital, hacemos referencia a un espacio físico y temporal, una relación social totalitaria donde la actividad humana se ha transformado en trabajo y este se ha abstraído y autonomizado, volviéndose una fuerza opresora contra nosotros mismos.

«El comunismo no suprime al Capital para devolver las mercancías a su estado original. El intercambio mercantil es un vínculo y un logro, pero es un vínculo entre partes antagonistas. Su desaparición no supondrá un retorno al trueque, esa forma primitiva de intercambio. La humanidad ya no estará dividida en grupos opuestos o en empresas. Se organizará a sí misma para planificar y usar su herencia común y para compartir obligaciones y disfrutes. La lógica del compartir reemplazará a la lógica del intercambio.» (Les Amis de 4 Millions de Jeunes Travailleur, *Un mundo sin dinero*)

¡Comunismo!

Para expresar con palabras a que nos referimos con comunismo, nos bastan dos viejas definiciones: «el movimiento de destrucción de la sociedad del Capital y la sociedad que resulta de esa negación práctica» y «de cada cual según sus posibilidades; a cada cual, según sus necesidades».[30]

Llamamos comunismo a una posibilidad de sociedad posterior al capitalismo pero también al movimiento que busca su realización ¿ese movimiento ya estaría viviendo el comunismo en el presente? No. Sin embargo, ese movimiento no intenta aplicar un ideal surgido de su brillante elucubración. Es un movimiento que parte de las condiciones materiales en las que existe, de las necesidades y deseos.

La revolución comunista no separa sus medios de sus fines, porque si queremos ser precisos no hay medios y fines, hay una unidad indisoluble. En consecuencia, no debemos hacernos cargo primero de (o desprendernos de) el poder político, para luego, y solo en segundo lugar, cambiar la sociedad.

Se trata, con todas las dificultades imaginables y por imaginar, en tomar partido por las tendencias comunistas en la lucha de clases (en periodos revolucionarios como en periodos no revolucionarios). Lo cual entraña un cambio, no solo en nues-

30 Si bien es cierto que esta última afirmación comunista tiene su fuerza, cabe notar que parte aún de un punto de vista de la sociedad actual y por eso se piensa desde del individuo y no de la comunidad.

tra mente, sino en todo nuestro ser. **Porque se trata tanto de hacer como de ser la revolución, porque una revolución es hecha siéndola. Revolucionar las condiciones existentes es revolucionar los seres humanos existentes.**

Por eso cuando nos referimos a la revolución insistimos principalmente con su contenido social y en que no se trata de tomar este mundo tal cual está, desplazando a los "parásitos" como han mostrado la mayoría del marxismo y del anarquismo, por no hablar de ideologías ya completamente suscritas al orden dominante. Una revolución social debería poner en cuestión todo nuestro mundo desde el primer momento, y no solo luego de un indefinido período de transición. Contra eso el movimiento revolucionario debe imponer medidas abiertamente comunistas en lo inmediato, «no solo por el propio mérito intrínseco de tales medidas, sino también como forma de destruir las bases materiales de la contrarrevolución. Si después de una revolución se expropia a la burguesía pero los trabajadores siguen siendo trabajadores que producen en empresas separadas y dependen de su relación con su lugar de trabajo para subsistir y seguir intercambiando con otras empresas, entonces importa muy poco que ese intercambio sea "autoorganizado" por los trabajadores o sea dirigido de forma centralizada por un "Estado obrero": el contenido capitalista seguirá ahí, y tarde o temprano el papel concreto o la función de capitalista se reafirmará. Por el contrario, la revolución como movimiento comunizador destruiría (dejando de constituir y de reproducirlas) todas las categorías capitalistas: el intercambio, el dinero, la mercancía, la existencia de empresas separadas, el Estado y –lo más fundamental de todo— el trabajo asalariado y la propia clase obrera." (Endnotes, nro. 2, *Comunización y teoría de la forma–valor*)

«De modo que habrá una "transición" en el sentido que el comunismo no se logrará de la noche a la mañana. Pero no habrá un "período de transición" en sentido tradicional que lo usan los marxistas: un período que ya no es más capitalista pero que aún no es comunista, un período en que la clase trabajadora deberá seguir trabajando, pero nunca más por lucro propio o para el patrón, solo para sí misma: deberá desarrollar "las fuerzas productivas" (fábricas, bienes de consumo, etc.) antes de poder gozar del fruto completamente maduro de la industrialización. Este no es el programa de una revolución comunista. No lo fue en el pasado ni lo es ahora. No hay ninguna necesidad de ponerse a desarrollar la industria, especialmente la industria existente hoy en día. Y esto no lo estamos diciendo a causa del auge del movimiento ecologista y antiindustrial en el medio radical. Como alguien lo señaló hace cuarenta años atrás, la mitad de las fábricas deberán cerrar.» (Troploin, *Comunización*)

Una revolución no sucede a pesar de las personas. **Cuando se piensa que primero sucede una revolución y luego la gente debería adecuarse a ello, se está pensando en un golpe de Estado, en un traspaso del mando pero no en una revolución social**. Si así ocurriese no se trataría entonces de una revolución social, sino a lo sumo de la revolución política de un sector de la sociedad. Son seres humanos quienes mediante la revolución transforman las relaciones sociales y se transforman a sí mismos.

«Todo período más o menos revolucionario hará surgir grupos que están a medio camino entre la subversión social y la delincuencia, ilegalidades transitorias, acaparadores, especuladores, pero sobre todo un amplio espectro de conductas dudosas que difícilmente se podría calificar como "revolucionarias", "de supervivencia" o "contra–revolucionarias," etc. La comunización resolverá esto sobre la marcha, pero únicamente en el transcurso de una, dos o quizás varias generaciones. Mientras tanto, debemos prepararnos, no para un "regreso al orden" que será la consigna central de todos los antirrevolucionarios, sino para desarrollar eso que constituye la originalidad de un movimiento comunista: que, en vez de reprimir, subvierte.

Esto significa, en primer lugar, que el movimiento comunista solo emplea la violencia estrictamente necesaria para alcanzar sus objetivos, y esto no por moralismo o por pacifismo, sino porque la violencia excesiva siempre se autonomiza, convirtiéndose en un fin en sí mismo. También significa que nuestra arma es siempre y por sobre todo la transformación de las relaciones sociales y la producción de condiciones de vida. El saqueo espontáneo ya no será un traspaso masivo de propiedad, una simple agregación de apropiaciones privadas, si se produce una comunidad de lucha entre saqueadores y productores. Únicamente bajo esta condición el saqueo puede ser el punto de partida de una reapropiación social de las riquezas y de su uso en un contexto más rico que el mero consumo (el consumo, per se, no tiene por qué ser criticado, ya que la vida social no es solo actividad productiva. También es consumo y consumación. Si los pobres quieren primero probar unos cuantos placeres, ¿quién podría culparlos sino los curas?).

(…) Mientras más se radicaliza una revolución menos necesidad tiene de ser represiva. Afirmamos esto sin el más mínimo titubeo: para el comunismo la vida humana entendida como mera supervivencia biológica no constituye en modo alguno un bien supremo. Es el capitalismo el que nos ofrece este chantaje monstruoso: máxima supervivencia asegurada a cambio de máxima sumisión a la economía.» (Gilles Dauvé, *Por un mundo sin orden moral*)

«El comunismo no es un nuevo modo de producción; es la afirmación de una nueva comunidad. Por eso mismo es una cuestión de ser, de vida, aunque sólo sea porque se produce un desplazamiento fundamental: de la actividad engendrada al ser vivo que la ha producido. Hasta ahora los hombres y las mujeres han sido enajenados de esta producción. En el comunismo no van a convertirse en los dueños de ésta, sino que van a crear nuevos lazos sociales entre ellos que determinarán una actividad completamente distinta.» (Jaques Camatte, *Errancia de la humanidad – Conciencia represiva – Comunismo*)

Y como el comunismo no es un nuevo modo de producción, no es nuestro deber liberar las fuerzas productivas encerradas en el modo de producción actual, tal como han pregonado por décadas y décadas la mayor parte del anarquismo y el marxismo.

Tampoco a partir del desarrollo de las fuerzas productivas que el Capital inhibe.

Hablamos de comunismo y anarquía, no de "justicia" y "igualdad". Si la revolución social supondría una "sociedad justa" entonces, y según la pobre imaginación moderna, sería una sociedad simétrica, un equilibrio geométrico. Para peor, medido según los actuales parámetros individuales o de grupos limitados de individuos. Pero es en el intercambio mercantil donde los seres humanos nos basamos en la igualdad, el comunismo no es una, valga la redundancia, igualdad más igualitaria.

«No podemos admitir con los colectivistas que una remuneración proporcional a las horas de trabajo aportadas por cada uno en la producción de las riquezas, pueda ser un ideal, ni siquiera un paso adelante hacia ese ideal. (…) bástenos decir que el ideal colectivista nos parecería irrealizable en una sociedad que considerase los instrumentos de producción como un patrimonio común. Basada en este principio, veríase obligada a abandonar en el acto cualquier forma de salario.

(…) El salario ha nacido de la apropiación personal del suelo y de los instrumentos para la producción por parte de algunos. Era la condición necesaria para el desarrollo de la producción capitalista; morirá con ella, aunque se trate de disfrazarla bajo la forma de "bonos de trabajo". La posesión común de los instrumentos de trabajo traerá consigo necesariamente el goce en común de los frutos de la labor común.» (Piotr Kropotkin, *El comunismo anarquista*)

El mismo artículo citado, Kropotkin expresa que «bajo mil diversos aspectos, surgen nuevas organizaciones basadas en el mismo principio de "a cada uno según sus necesidades", porque sin cierta dosis de comunismo no podrían vivir las sociedades actuales.»

David Graeber retoma este argumento y lo lleva aún más lejos:

«En realidad, el "comunismo" no es ninguna utopía mágica, ni tiene nada que ver con la propiedad de los medios de producción. Es algo que existe hoy en día, que se da en mayor o menor grado en toda sociedad humana, aunque nunca ha habido ninguna sociedad completamente organizada de esta manera, y sería difícil imaginar cómo podría ser. Todos actuamos como comunistas gran parte de nuestro tiempo. (…) todos los sistemas sociales, incluso los sistemas económicos como el capitalismo, se han construido siempre sobre los cimientos de un comunismo ya existente.

Comenzar por el principio de "cada cual según sus posibilidades; a cada cual, según sus necesidades", nos permite mirar más allá de la cuestión de propiedad colectiva o propiedad individual (que a menudo no son más que una mera formalidad legal, en cualquier caso) y fijarnos en cuestiones mucho más inmediatas y prácticas, como quién tiene acceso a qué tipo de cosas y con qué condiciones.

Casi todo el mundo sigue este principio si colabora en algún proyecto común. Si alguien que está arreglando una tubería rota dice "pasame la llave", su compañero no le preguntará, por norma general, "¿y yo qué obtengo a cambio?"… incluso si están trabajando para Exxon–Mobil, Burger King o Goldman Sachs. La razón es de simple eficacia (irónico, teniendo en cuenta la creencia popular de que "el comunismo no funciona"): si realmente quieres hacer las cosas bien, la manera más eficaz de lograrlo es repartir tareas según habilidades y dar a la gente lo que necesita para llevarlas a cabo.

Se podría decir, incluso, que uno de los escándalos del capitalismo es que la mayoría de las empresas capitalistas trabajan, internamente, de manera comunista. (…)

Es posiblemente por esto, también, por lo que en los momentos inmediatamente posteriores a un gran desastre (una inundación, un gran apagón o un colapso económico) la gente tiende a comportarse de la misma manera, regresando a un improvisado comunismo. Aunque sea por poco tiempo, las jerarquías, mercados y similares se convierten en lujos que nadie se puede permitir. Cualquiera que haya experimentado un momento así puede dar fe de sus especiales cualidades, de la manera en que perfectos extraños se convierten en hermanos y de la manera en que la propia sociedad humana parece renacer. Esto es importante, porque demuestra que no estamos hablando sólo de cooperación. En realidad, el comunismo es la base de toda sociabilidad humana. Es lo que hace posible la sociedad.

Existe siempre la noción de que, de cualquiera que no sea un enemigo, se puede esperar que actúe según el principio de "cada cual según sus posibilidades", al menos hasta cierto punto: por ejemplo, si uno necesita saber cómo llegar a un lugar y el otro conoce el camino.» (David Graeber, En deuda)

Además de algunos elementos que queremos poner en común, evidentemente se nos presentan muchas críticas hacia lo que acabamos de compartir. Pero otros lo han dicho antes que nosotros y de una manera acertada, por tanto, continuamos abusando de las citas:

«Desde el principio, Graeber identifica "comunismo" con el axioma "de cada cual según su capacidad, a cada cual según sus necesidades". Este tipo de préstamo retórico no tiene nada de malo en sí mismo, pero **hay algo demoledor en la forma en que el significado se trivializa y las expectativas se reducen de la revuelta social absoluta a un cambio de conducta en los encuentros personales**. El poder de los individuos a la hora de decidir si toman o dan algo —de acuerdo con la capacidad, la necesidad, o cualquier otra consideración— es objetivamente ínfimo desde su mínima expresión hasta el más acaudalado de los donantes a entidades benéficas. **Si se pretende que la lógica de la "necesidad y la capacidad" derroque algún día la lógica de la rentabilidad financiera, ésta debe imponerse globalmente, es decir, mucho más allá del alcance de la sociabilidad amistosa, y colectivamente, es decir, impersonalmente**. (The Clinical Wasteman, *Crítica a En deuda de David Graeber*)[31]

31 Restaría dejar en evidencia también aquella noción de "eficacia" que impregna este tipo de defensas o las del tipo «la anarquía funciona». Se trata de un costoso préstamo a la razón capitalista dominante, porque esa eficacia es medida con sus propios parámetros. ¿Por qué discutir en su propio terreno cuando de lo que se trata es de aniquilarle?

Bien, comunismo y anarquía son algo más que la costumbre de interacción sociable y cooperativa. Compartir de forma inmediata, cara a cara, tanto afectos como objetos es no solo agradable sino también necesario. Pero ¿cómo puede expandirse el comunismo de tal modo que destruya el intercambio, las jerarquías sociales y la competencia? Solo siendo el movimiento social de abolición del capitalismo y el Estado. Puede sonar a cliché, pero para esto no hay más salida que una revolución social comunista. No podemos tener tolerancia con una sociedad que no tolera otra forma de sociabialidad que no sea la suya, la capitalista. Y no lo expresamos en términos morales ¡no lo permite en términos materiales!

Si presentamos algunos extractos de un libro donde se afirma que las prácticas comunistas ya están presentes en este momento (aunque convivan con formas de intercambio y jerarquía) no es por interesarnos en la investigación minuciosa del pensamiento de algún autor. Sino porque lo expresado por él puede ser la observación de muchos proletarios al observar el simple transcurrir de los días. Sin embargo, **el reducir el análisis a relaciones interpersonales entre conocidos y cercanos hace del comunismo una relación tribal, familiar o grupuscular que se torna imposible a nivel global**. Es estimulante pero no alcanza, y a aquello apunta la crítica anterior.

Dicho todo esto, queremos subrayar que **el comunismo no es una utopía o un lugar al cual llegar, sino un proceder natural humano (que no el único) subsumido por el Capital**.

Por subsunción nos referirnos a cómo el Capital ha ido apropiándose e integrando a su propia dinámica diversos aspectos de la vida social, modificándolos. Incluso, modos de producción anteriores como la esclavitud, conservando y utilizando sus formas de explotación, integrándolas en la producción mercantil.

Por poner un ejemplo: un smartphone es concebido por jóvenes creativos bajo novedosos esquemas de trabajo, es producido en serie en China, el coltán necesario es extraído por niños a punta de pistola en el Congo y vendido por un asalariado en un shopping como por un ladrón en el mercado negro de cualquier ciudad. Puede ser utilizado para trivialidades consumistas o para compartir software libre. De cualquier manera, es ganancia y todas esas características que a alguien le pueden parecer disimiles o hasta contrarias están integradas en el Capital.

No se puede, por tanto, hablar de coexistencia de modos de producción sino de incorporación de formas de producción anteriores al modo de producción capitalista. En este sentido, decíamos anteriormente que el capitalismo no tolera nada a su lado.

En muchos casos se ha utilizado el término dominación como sinónimo de subsunción, no comprendiendo que el primero plantea las cosas como externas, pudiéndose entender, por ejemplo, que el Capital domina al trabajo y que, por lo tanto, este debería emanciparse de aquel. Pero **el Capital no solo domina al trabajo sino que lo incorpora dentro de sí y lo convierte en Capital. De la misma manera subsume nuestras conductas comunistas y las pone a trabajar para sí mismo**. El ejemplo acerca del funcionamiento interno de una empresa donde ciertas conductas comunistas son no solamente toleradas sino necesarias dice mucho de todo esto.

Y dice mucho también, que muchas personas descontentas con el orden existente no puedan observar cómo el Capital se beneficia de lo que se supondría son salidas al orden existente.

Volvemos con otro ejemplo que publicamos en el nro. 8 de Cuadernos de Negación:

«Sin división internacional del trabajo no hay computadoras ni Internet tal como las conocemos. Hacer abstracción de la materialidad de los soportes físicos de Internet es evitar reconocer la obtención de las materias necesarias, su producción, distribución y sus inevitables desechos. El ciberespacio para muchos tecnófilos cumple la función de paraíso religioso, el cual no es más que la proyección de una imagen de la tierra depurada de sus contradicciones. Nuevamente, un "lugar" sin espacio físico al que se pueden lanzar las fantasías más descabelladas.

Se supone que el disfrute y la empatía, así como incluso razones egoístas, animan a la gente a compartir, a crear una especie de "comunidad" de usuarios, donde cada individuo toma de la red mucho más de lo que podría dar. Cuestión que puede ser reflexionada para conocer sus matices. Sin embargo, en el disparate total se ha llegado a hacer referencia de aquello como "anarco–comunismo" (!?): "la economía del don y el sector comercial no pueden desarrollarse más que asociándose en el seno del ciberespacio. El libre intercambio de información entre los usuarios se apoya sobre la producción capitalista de ordenadores, de programas y de telecomunicaciones. En el seno de la economía mixta numérica, el anarco–comunismo vive también en simbiosis con el Estado. En la economía mixta de la Net, el anarco–comunismo se hace una realidad cotidiana". (Richard Barbrook, *L'économie du don high tech*). A lo cual Jean–Marc Mandosio responde: "Una vez más, **la mano invisible está ahí para hacer que coincidan mágicamente los intereses egoístas y la prosperidad pública, y como prima la resolución de todas las contradicciones de nuestro mundo tristemente material: el capitalismo y la economía del don se estimulan mutuamente**, el 'anarco–comunismo' y el Estado trabajan en concierto… Es formidable, y es tanto más bonito porque no se trata, como en el cristianismo o las utopías clásicas, de una visión del porvenir, sino de un discurso que pretende describir una realidad ya existente; este país de cucaña existe, basta con conectarse para vivir ahí eternamente del amor y del agua fresca. Los 'anarco–comunistas' que propagan esta ideología hacen a los promotores estatales e industriales de Internet un gran servicio, pues es precisamente al presentar Internet como ese nuevo 'país de las maravillas' donde todo es gratuito que se crea en las personas la necesidad de equiparse del material informático necesario para conectarse.»

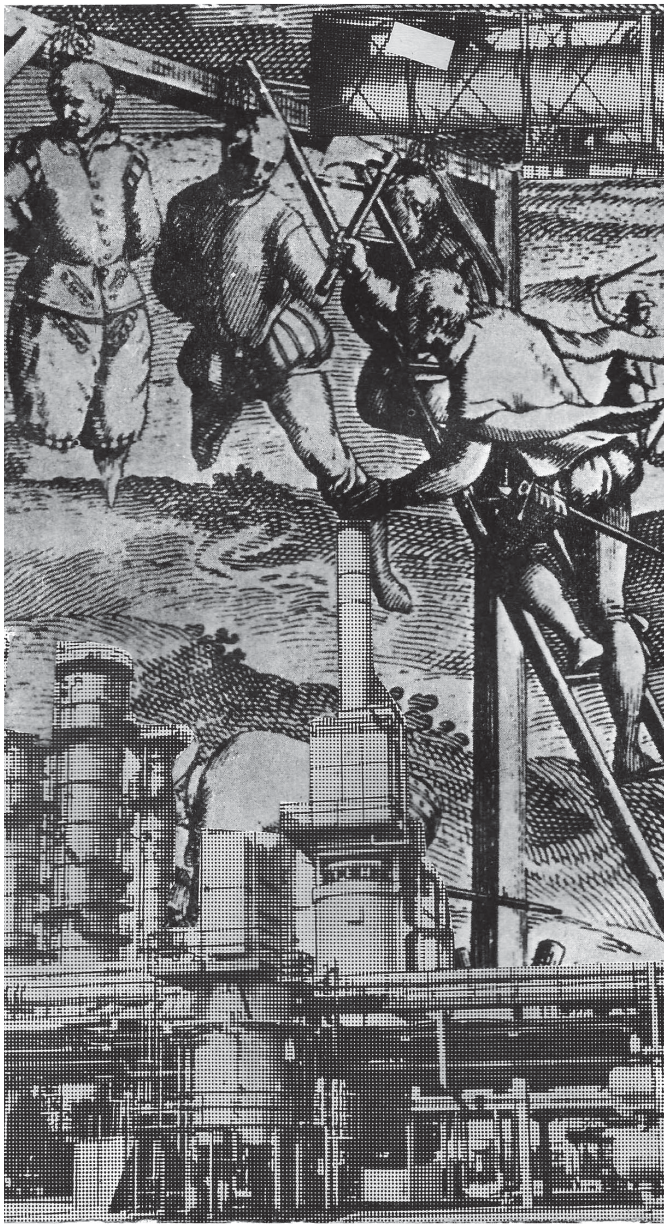
Si bien este ejemplo se reduce al ámbito de Internet, ilustra muy bien lo que queremos expresar, siempre hay un espacio

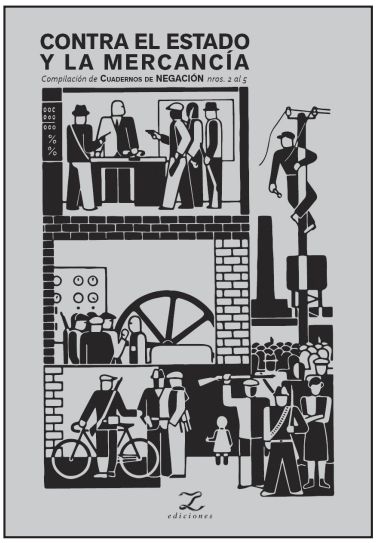
o un ámbito al cual acudir donde se supone que las contradicciones sociales se armonizan y se estimulan mutuamente. **Siempre se puede hacer el "recorrido propio" mientras se transite por el territorio del Capital**. En el fondo, o descaradamente, la esperanza está siempre puesta en que la mano invisible del mercado armonice las diferencias y ponga todo en el lugar que corresponde sin sobresaltos ni violencia beneficiando a todos. Pero la mano invisible del mercado es mano dura de hierro y nos machaca, porque solo beneficia la reproducción del Capital.

Esta relación de subsunción a la que nos vemos sometidos tiene un atributo pérfido: **el Capital que todo lo subsume se muestra como la verdad de lo subsumido, como su propia esencia**. Muestra su mundo como el único posible, ya no importa si mejor o peor, le basta con no dejar opción.

Tal como expresamos al comienzo de esta publicación: el Capital domina hasta el más recóndito aspecto de la reproducción social y lo pone a trabajar para sí mismo. De esta manera millones de proletarios no solo se enorgullecen de "su" trabajo sino que se identifican con él. Y confunden sus necesidades con las del Capital, interiorizando de tal modo la relación social capitalista que incluso cuando quieren luchar contra lo que perciben los explota y oprime continúan reproduciéndolo. **El discurso dominante y la rutina capitalista cotidiana ha "integrado" a los explotados en tal grado que estos suponen resistir al comercio justamente comerciando**. Muchos proletarios descontentos suponen luchar ¡mediante el trabajo, la producción de mercancía, la circulación de dinero, la valorización de la vida en general! Tal es así, que cuando criticamos el modo de producción capitalista en su fachada autogestionista se sienten profundamente ofendidos y atacados. A tal nivel de fusión capitalista hemos llegado.

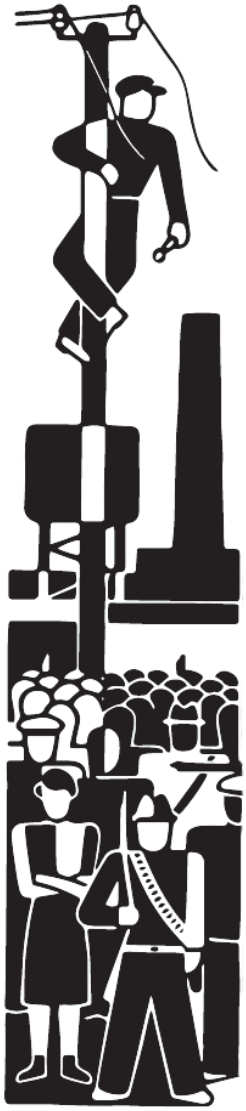
Se trata entonces no de liberar las fuerzas productivas encerradas en el modo de producción actual, sino la comunidad humana aprisionada, erosionada y puesta en función del Capital.





CONTRA EL ESTADO Y LA MERCANCÍA

COMPILACIÓN DE CUADERNOS DE NEGACIÓN (NROS. 2 AL 5)



Los Cuadernos de Negación son un esfuerzo colectivo por comprender de forma integral la sociedad presente para superarla. En tal sentido, han sido un aporte compartido y difundido en diferentes regiones del mundo, no tanto por la orginalidad de sus planteos como por poner en común y en forma accesible discuciones, reflexiones y críticas ausentes, especialmente en este idioma.

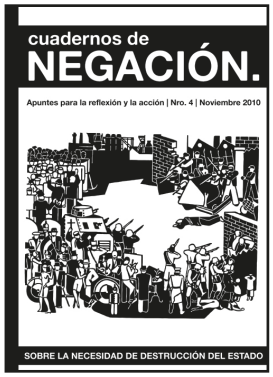
Contra el Estado y la mercancía es una compilación de los primeros números de la revista Cuadernos de Negación publicados entre 2009 y 2011: *Clases sociales, o la maldita costumbre de llamar las cosas por su nombre* (nro. 2), *Contra la sociedad mercantil generalizada* (nro. 3), *Sobre la necesidad de destrucción del Estado* (nro. 4), *Contra la democracia, sus derechos y deberes* (nro. 5). Se han incluido también otros textos breves publicados por el colectivo.

La comprensión de estas sociedad se encuentra en su más profunda y despiadada crítica. Crítica que se expresa en los momentos de reflexión como en las acciones y revueltas, de manera colectiva y generalizada. En lucha por el comunismo y la anarquía.

ediciones

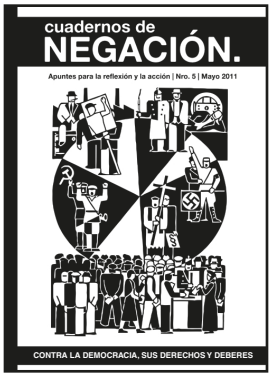
Este y otros títulos
se encuentran disponibles en
lazoediciones.tumblr.com

NÚMEROS ANTERIORES

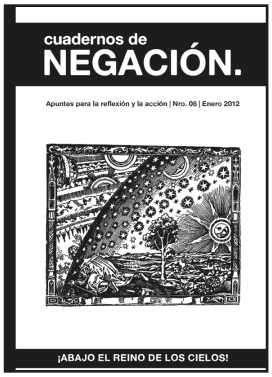


El Estado no es un enemigo por razones de gusto, afinidad moral o antipatía ideológica. Lo es en tanto estructura de poder fundamental que garantiza nuestro sometimiento al trabajo asalariado, que permite y defiende la destrucción de la naturaleza en pos de la producción económica y garantiza la guerra como método de reorganización económica y de control social.

Es nuestro enemigo, no porque quienes detentan el poder sean malas personas o estén motivados por ciegas ambiciones; es nuestro enemigo porque organiza y ordena el sometimiento de nuestras vidas en armonía con el Capital, ¡porque es el gobierno del Capital!



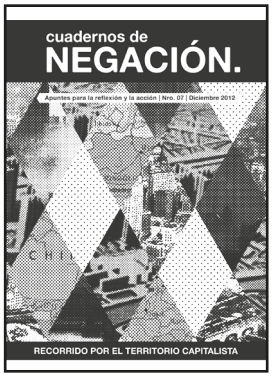
5 La alternativa para los esclavos asalariados no está en el hecho de tener un gobierno más a la izquierda o más a la derecha, en soportar el desprecio de los politiqueros pluralistas o la arrogancia de una oligarquía militar, en participar en el constante agravio y reprobación entre una organización política partidista y otra. La contradicción fundamental se encuentra entre dictadura de la burguesía —sean cuales sean los mecanismos puestos en marcha por esta clase para administrar la explotación— y el desarrollo del comunismo y la anarquía, es decir, la destrucción de la explotación, el Estado, el valor y la sociedad de clases.



6 La religión sobrepasa indudablemente a cualquier otra actividad humana en cantidad y variedad de tonterías. Si se considera además su papel como cómplice de la dominación de clase a través de la historia, no es sorprendente que haya atraído sobre sí el desprecio y el odio de cada vez más personas, en particular de los revolucionarios.

La religión continúa adaptándose, en su forma institucional o sin ella, a los pequeños cambios del modo de producción y reproducción de la vida, persistiendo bajo diferentes formas.

El movimiento revolucionario debe oponerse a la religión, pero tomando posición del otro lado de ella. No siendo menos que la religión, sino más.



7 Caminar de un punto a otro: siempre llegar. El sentido de nuestro movimiento por las calles de las ciudades, o entre ciudadesEl es uno: llegar a un punto en el espacio dispuesto ante nosotros como un circuito ordenado de tareas. El espacio ha sido reducido a cosa por el Capital, y como toda cosa en relación al Capital, encierra y oculta relaciones sociales, he ahí su carácter material y su carácter abstracto, presentados de manera indisociable. Podemos llamar a todo esto urbanismo, aunque se trata simplemente del territorio que ha subsumido el Capital.

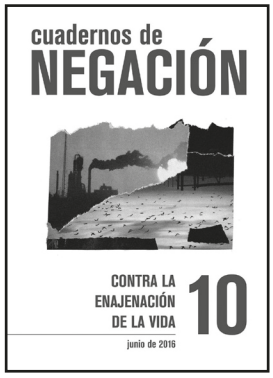
La ciencia, la tecnología y noción de progreso, no se encuentran por fuera del modo de producción capitalista, son parte constitutiva de éste y como una sola ideología imprimen un modo de percibir el mundo y de actuar en él.

La razón dominante es burguesa, porque en tanto que idea pero también como fuerza material, actúa en beneficio del Capital.

Hasta hoy, la gran mayoría de los llamados a la "revolución" han sido y son en nombre de la libertad y la igualdad burguesas, de la ciencia y la Razón, de la eficacia y el progreso... y ya es tiempo de romper con ello.

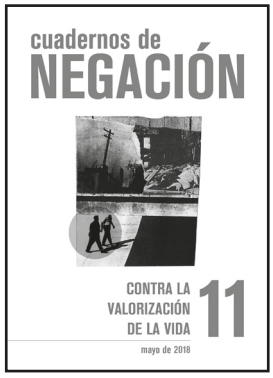
9 Si bien la mercancía, el Capital y el valor no explican absolutamente todo en esta sociedad, sin ellos no podemos comprender nada. La crítica de la economía, como podría suponerse, no deja de lado la política, la religión, la ciencia y demás dimensiones de esta sociedad, sino que, por el contrario, nos permite comprenderlas y atacarlas en cuanto parcialidades de la totalidad que conforman.

La contraposición que queremos enunciar es tajante: no nos dedicaremos a la economía en cuanto parcialidad, en cuanto disciplina. Se trata de la lucha contra la economización de la vida, de la contraposición práctica entre las necesidades humanas y las necesidades de valorización del Capital.



10 En este número de Cuadernos damos continuidad a la crítica del dinero, del Capital como sujeto y fin último de la producción y reproducción de la sociedad, del fetichismo y la enajenación como la instrumentalización del mundo y todos los que habitamos en él.

Enajenación no significa simplemente la separación de nuestros medios de vida, hablamos de todo un proceso histórico mediante el cual se ha llegado a que nuestra propia existencia se nos presente como ajena, en una sociedad donde el objetivo no son las personas, ni tampoco las cosas, sino la producción por la producción misma, la valorización del Capital. Es todo un orden social que vivimos como ajeno e, inevitablemente inmersos en él, tenemos que enfrentar.



11 El fundamento de la sociedad capitalista es la dictadura del valor en proceso, y la utilidad de los objetos producidos son solo un medio. El llamado valor de uso es solo un soporte del valor de cambio, del valor valorizándose.

Pero nada en ninguna parte posee naturalmente una cualidad tal como el valor. Esta es consecuencia del modo en que la sociedad organiza su producción. El valor y la mercancía, así como el dinero o el trabajo no son datos neutrales y transhistóricos, y mucho menos naturales y eternos, se trata de categorías básicas del capitalismo.

Valorizar la vida no significa poner la vida en el centro sino, por el contrario, situarla en la balanza económica.

cuadernos de NEGACIÓN

Millones de proletarios no solo se sienten identificados con "su" trabajo sino que se enorgullecen de él. Y confunden sus necesidades con las del Capital, interiorizando de tal modo la relación social capitalista que incluso cuando quieren luchar contra lo que perciben los explota y oprime continúan reproduciéndolo. El discurso dominante y la rutina capitalista cotidiana ha "integrado" a los explotados en tal grado que estos suponen resistir al comercio justamente comerciando. Muchos proletarios descontentos suponen luchar ¡mediante el trabajo, la producción de mercancía, la circulación de dinero, la valorización de la vida en general! Tal es así, que cuando criticamos el modo de producción capitalista en su fachada autogestionista hay quienes se sienten profundamente ofendidos y atacados.

Si nos disponemos a debatir abiertamente la propuesta de la autogestión es porque hubo y hay espacios compartidos, no solo de lucha sino de mera subsistencia.

cuadernosdenegacion.blogspot.com

cuadernosdenegacion@hotmail.com